

EL NEGRO ESPACIO SILENCIOSO

CLARK CARRADOS

El negro espacio silencioso

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/011

En la eterna noche sideral vagamos.

¡Oh, el negro espacio silencioso!

El Sol, la luna, las estrellas

y los distantes planetas

de que Dios habló a sus profetas.

¡Oh, el negro espacio silencioso!

Sobre la luz, audaces, cabalgamos.

Mientras que el espíritu se aferra

a nuestra vieja, amada

y detestada tierra,

el negro espacio recorrer ansiamos.

En la eterna noche sideral

vagamos.

De planeta a galaxia;

de asteroide a satélite;

de satélite a la tierra,

sobre la luz, audaces, cabalgamos.

Y cuando de nuestro viejo,

amado y detestado mundo nos hastiamos,

volvemos, con paso cadencioso,

al negro espacio silencioso.

Del «Poema de las estrellas», de Ernie Heaviside.

CAPÍTULO PRIMERO

— ¡Oiga, oiga! E.S. 3, conteste. Conteste, E.S. 3.

— Estación sideral número tres contesta. ¿Qué tripa se os ha roto por ahí abajo?

— Acaba de salir el "Expreso de las Estrellas". A las 8'55 horas.

— Está bien. Dame la nota del pasaje y la carga.

— Ahí va. Seis turistas para Luna, clase preferente. Tres oficiales y un sargento. Un especialista en transmisiones, con esposa y dos hijos.

Total, catorce personas.

— ¿Y la carga?

— Apunta. ¿Me oyes bien?

— Tengo unos tímpanos reforzados con triplástico, último modelo. Continúa, calamidad.

— Si estuvieses aquí, te iba a decir cuatro cosas en esos tímpanos de triplástico. Continúo. Doce motores de oruga explanadora. Cien balones de agua comprimida. otros tantos de oxigeno. Tabaco, licor y perfumes en las dosis acostumbradas.

— Enterado. Tomo nota.

— El "Expreso de las Estrellas" te llegará a las 9'20. Comunícame el contacto.

— Enterado. Corto.

El hombre que había recibido en la Estación Sideral número tres el mensaje de la Tierra, cortó el contacto con ésta. Se dirigió al otro funcionario que estaba a su lado:

— Oye, Arthur, ¿cómo va el cohete de Júpiter? El interpelado miró la pantalla registradora y, tras escribir a su lado unas cifras en un bloc de papel, se levantó, y se fue hacia una calculadora situada al lado del muro vítreo. Tomó una cartulina, que introdujo en la ranura perforadora, pulsando a continuación una serie de teclas blancas y rojas. Luego, aguardó un instante, chupando indiferentemente de la colilla que le pendía de una comisura de los labios.

Cesó el zumbido del cerebro electrónico, y al cabo de veinte segundos y por otra ranura situada al lado salió la tarjeta, con una serie de cifras marcadas a presión, la tomó el auxiliar y se dirigió a la mesa de control.

— Treinta minutos, Mark.

— Está bien. Tendremos que decirle que se retrase un poco.

Manejó los controles, hasta que la imagen de una espacionave apareció en la pantalla visora. Satisfecho de ello, movió otro botón, y una pantalla adyacente se iluminó.

Primero fueron unas rayas multicolores las que vagaron de arriba

abajo, hasta esfumarse en un rectángulo blanco, que luego desapareció para dar paso al rostro de un hombre sentado ante otra mesa de control muy parecida a aquella en que el llamado Mark estaba manipulando.

— ¿Qué ocurre? —preguntó el piloto espacial.

— Tienes que reducir marcha, Knowles.

— ¡Maldita sea! —la exclamación sonó perfectamente—. ¿Por qué?

— No puedes coincidir con el "Expreso de las Estrellas". Quita un tercio de energía.

— Un tercio de energía, un tercio de energía —refunfuñó Knowles—. Y a mí me quitarán un tercio de la paga, si lo que traigo no llega a la hora marcada. ¿Qué hacen esos gaznápiros de la Tierra que no saben combinar un horario?

— La culpa no es mía, compréndelo, Knowles. ¿Has registrado la conversación?

— Naturalmente. O, ¿es que te crees que me olvido del reglamento?

— Eso te servirá de justificante, y no habrá ningún descuento. Haz lo que te he dicho, y cuando tengas la estación libre, ya te llamaré.

A muchos millares de kilómetros de allí, volaba el espacio cohete que regresaba, de Júpiter, tras un largo viaje, en uno de sus rutinarios vuelos mixtos de carga y pasaje.

Knowles, su primer piloto, ordenó:

— Teeny, saca fuera los tubos de disminuir la velocidad números dos y cuatro.

— Tubos números dos y cuatro —y el maquinista maniobró los correspondientes controles, haciendo girar ruedecillas, pulsando palancas diminutas y oprimiendo botones, consultando cuidadosamente los aparatos de registro, llamando cuando todo estuvo dispuesto—: Tubos deceleradores dos y cuatro, fuera.

Si la nave que regresaba a la Tierra hubiera llevado otra a su costado, navegando ambas en la misma dirección, los que viajaran en ésta hubieran podido ver asomar por los costados de la primera, sendos tubos cuyas bocas estaban orientadas en sentido inverso a la marcha.

El capitán tomó el micrófono, conectándolo con la línea general y la red de altavoces difundió sus órdenes:

— ¡Atención, atención! Capitán de "Estrella de Júpiter" a pasaje y tripulación. Atención todos. Vamos a perder velocidad. Sujétense en sus respectivas literas e inviertan el sentido de éstas. Concedo dos minutos. La luz roja en el cuadro de señales de cada litera señalará el principio de la deceleración.

Repitió el capitán la orden y disparó el cronómetro, clavando sus ojos en él. Con la mano derecha, mecánicamente, sin mirar, desconectó el sistema general de comunicación, dejando únicamente la línea de la sala de máquinas.

La aguja del cronómetro continuaba su giro velozmente.

Faltaban solamente quince segundos cuando el capitán Knowles anunció:

— Estate preparado, Teeny.

El primer maquinista estaba echado en su litera, teniendo los controles de energía al alcance de la mano. Un sencillo cuadro giratorio de instrumentos con varias palancas de puño esférico, encima de cada una de las cuales habla un circulo graduado.

— Un tercio de marcha, Teeny.

— Un tercio de marcha, capitán.

— ¿Listo? .. ¡Ahora!

El primer maquinista echó con mucha suavidad, hacia adelante, las palancas en cuyos negros puños estaban los números dos y cuatro. Por las bocas de los tubos comenzaron a salir incandescentes chorros de llamas, al propio tiempo que los pasajeros de la nave sentían en sus pechos la opresión característica de la deceleración.

Continuaron avanzando las palancas. Las llamas dejaron de salir con timidez, extendiendo todavía más su blanco anaranjado fulgor, en tanto que una leve trepidación acometía al aparato, trepidación que cesó cuando el "Estrella de Júpiter" hubo alcanzado la velocidad deseada.

— Pueden soltarse las ligaduras de seguridad —ordenó Knowles.

Entretanto, a muchos kilómetros de distancia, continuaban en la E.S. 3. las operaciones preliminares para recibir a la astronave anunciada. Pero las pantallas detectoras no registraron la aproximación de otro ingenio similar que se acercaba velozmente, devorando las distancias, y cuya trayectoria no estaba controlada.

No obstante, Mark Shannon, el oficial de servicio, tenía sus cinco sentidos puestos en el "Expreso de las Estrellas", cuya llegada era ya inminente. Conectó el micrófono, y llamó a todas las dependencias de la estación, con una ligera inclinación hacia adelante:

— Todo el mundo preparado en sus sitios. Quedan diez minutos de tiempo —. Luego se dirigió hacia el piloto del aparato que aguardaban —: E.S. 3 llama a A.N. 22 L. 105.

— A.N. 22 L. 105, por mal nombre "Expreso de las Estrellas" te contesta. Ya sé lo que me vas a preguntar y por eso me anticipo con la respuesta. Estoy decelerando, Velocidad, 9. Presión en toberas, 33.

— Muy bien, Sheats. Es lo mismo que te hubiera indicado yo. Continúa así durante cinco minutos más. E—x—a—c—t—o—s — deletreó Shannon cuidadosamente, y luego canturreó al desgaire —: "Sobre la luz, audaces, cabalgamos..."

— "¡Oh, el negro espacio silencioso!" —le respondió Sheats en el mismo descuidado tono—. ¿Están ya preparados todos los servicios?

— Judah, el "barman", está afilando ya las uñas para desnudar a esos infelices turistas.

— Especialidad de la Estación Sideral número tres. El cóctel estelar. Lo que prefieren los astros de la espaciopantalla. Dile que me prepare uno. ¡No! No protestes. Que me ponga seis gotas de antigravedad.

— Lo tomaremos juntos —concedió sonriente Mark, echando una apacible mirada a sus pies, en la plataforma donde estaban instalados todos los servicios accesorios del escalón entre la Tierra y el infinito. Control de pasajes, sanidad, para una nueva revisión médica y devolución al planeta de quienes no hubieran resistido satisfactoriamente la aceleración, así como primeros auxilios en caso de accidente; bar y restaurante, y un pequeño almacén, donde se guardaban mercaderías que debían ser remitidas a otro cuerpo celeste y, que por su relativa pequeñez estaban excusadas de completar viaje a la Tierra. Y no se necesitaba más. Salvo las habitaciones destinadas al personal de servicio en la estación no había nada más.

— "... amada y detestada Tierra" —continuó en voz baja Shannon, mirándole, enorme, blanca, limpia como en su noche de bodas, girando incansablemente con la fuerza del Divino Motor.

Los diez minutos que faltaban fueron devorados rápidamente por la aguja del reloj. El "Expreso de las Estrellas" se acostó al lado de la plataforma y un transparente túnel estanco se adoptó a uno de sus costados. Inmediatamente se abrió la portezuela y un chorro de excitadas personas echó a andar a toda prisa hacia el interior. Shannon sonrió al pensar en las mismas exclamaciones, sobre todo de los turistas, siempre iguales, siempre las mismas, para los que el encontrarse a quince, veinte mil kilómetros de distancia del planeta era una indudable novedad.

Despacharon pronto. Deseó un feliz viaje a Sheats y luego volvió a la monotonía del trabajo. Tenía que llamar a Knowles. Ahora ya estaba libre la estación.

Una ahogada exclamación de su segundo le hizo arrojar la cerilla recién encendida: ¿Qué ocurre, Arthur?

— Mira la pantalla, Mark. ¿Ves lo mismo que yo?

— Es extraño. No tenemos anunciada ninguna espacionave para esta hora. ¿Cómo no la viste antes?

— ¿Es que crees que estoy ciego, Mark? Estoy seguro de que ha usado el neutralizador de radares. No he separado mis ojos de la pantalla y no había antes más que la "Estrella de Júpiter".

— Llámala. Esto me escama.

— ¿Temes algo? — inquirió Arthur, manejando botones y controles.

— No estoy muy tranquilo, chico. En mi último viaje a la Tierra corrían unos rumores muy extraños, pero no pasaban de ser eso: rumores.

— ¿Sobre qué? —pero Arthur no lo llegó a saber, porque en aquel momento resonó el altavoz, lo que le hizo respingar en su asiento.

— ¡Atención E. S. 3, atención! Habla la espacionave Part. 1562 F 291. ¡Atención! ¿Me oyen?

— Perfectamente. ¿Qué le pasa?

— Tenemos avería. Uno de nuestros tubos impulsores ha reventado. Nos ha matado dos hombres y herido gravemente a tres más que necesitan urgente auxilio médico.

— ¿Graves? —la pregunta ere tonta. Si no lo estaban, ¿para qué se iban a. molestar en llamar?

— Todos fuertemente quemados y radiactivados. Les hemos aplicado los primeros auxilios, pero nuestros remedios de a bordo son insuficientes,

Shannon renegó contra los particulares que tenían naves espaciales y que se dedicaban al transporte tipo "tramp", admitiendo carga para un planeta, descargando y admitiendo otra nueva para el siguiente astro. Con tal de ganar un dólar más, por llevar un kilo más de carga, descuidaban muchas cosas de las que exigía el reglamento de la navegación interplanetaria. Todos sus patrones dominados por la codicia, y todos del mismo molde. Avariciosos, no les importaba poner en riesgo la vida de sus tripulantes. El seguro lo cubría todo.

—Está bien. Dénse prisa. Ahora dispondré todo para la asistencia médica. Tendrán que dejar los heridos aquí y el "Estrella de Júpiter" se los llevará. La avería que se la reparen en la Tierra. Con un tubo menos se puede llegar planeando.

— Pero me costará mucho el pasaje de mis tres hombres.

— Haga lo que le digo o no le doy permiso para ponerse en contacto con la estación. Tengo el tiempo medido, compréndalo —la voz de Shannon era áspera, a lo que el otro pareció resignarse.

— ¡Cochino Shyllock! —murmuró Mark.

— Está bien. Me dispongo al contacto.

En aquel momento, la espacionave averiada aparecía ya a simple vista, tambaleándose ligeramente. Mark dio las instrucciones oportunas y la sirena de alarma aulló, haciendo correr a los médicos, en tanto que Judah, abandonando sus botellas, se enfundaba en una bata blanca. Los encargados del almacén le imitaron. Allí un hombre tenía tres o cuatro empleos distintos, y éstos corrieron con las camillas, aguardando el momento en que el túnel estanco se adosara a la pared de la nave.

Mark se levantó cuando empezaron a salir los primeros tripulantes de ésta. Los sanitarios corrieron con tres hombres tendidos hacia el

puesto de socorro, en el cual el médico ya estaba dando sus últimos toques a los instrumentos. Luego se acercó al micrófono:

— El capitán de la nave que se pase por el puesto de control, para rendir informe y enviarlo a la Tierra por fotostato. Urgente —le acució, y apenas habían resonado sus palabras, cuando dos hombres, uno de ellos con una cartera de negocios en la mano

salieron del aparato, corriendo velozmente hacia la puerta del piso inferior, de la que arrancaba la semicircular y estilizada escalera que comunicaba con el lugar en que se encontraba Mark.

Aparecieron los dos en la puerta y aquél se dirigió a su encuentro. Pero apenas había dado un paso, cuando se detuvo como si le hubieran salido imanes en las suelas de los zapatos.

— ¿Qué rayos...? —empezó a murmurar al ver que en las manos de los recién llegados aparecían dos pistolas. De pólvora, anticuadas, pero que no influenciarían los detectores de radiactividad.

— ¡No se mueva! —le ordenaron perentoriamente, en vista de lo cual Shannon alzó las manos con resignación. El otro asaltante corrió hacia su ayudante y le apartó, sin ninguna ceremonia, de la mesa de control, echándolo a un lado, junto con su jefe.

— Vigílalos bien, Buzz, y si mueven una pestaña, no vaciles en agujerearlos.

— Nada me causaría mayor placer que emplear una de estas viejas armas de museo — sonrió cruelmente el bandido—. ¡Apartaos a un lado!

Mark y Arthur le obedecieron, en tanto que, impotentes, contemplaban cómo el capitán de la nave acabada de llegar se dirigía hacia el registro de viajes.

La examinó cuidadosamente, haciendo girar el botón que proyectaba sobre el blanco cuadrado las anotaciones hechas por el oficial de servicio, hasta que, con un gruñido con el que quería expresar su satisfacción, se detuvo. Y en el mismo momento, cuando estuvo convencido de que había hallado lo que deseaba, llamó a sus hombres por el intercomunicador, tras conectarlo, expertamente, a la red general:

— ¡Habla el capitán Kramm! Operen según plan previsto.

Apenas habían resonado estas palabras, cuando un chorro de hombres salió del vientre de la astronave, todos ellos armados con rifles, dirigiéndose con precisión mecánica a ocupar los puestos de la estación. En el mismo momento, el hombre que estaba a punto de ser desnudado en la mesa de operaciones, se incorporaba y derribaba de un puñetazo al médico, dejándolo sentado en el suelo, completamente estupefacto.

— ¿Qué...? —pero el "barman" no pudo protestar del todo. Los hombres que aguardaban su turno en las camillas echaron a un lado las sábanas y en sus manos aparecieron sendas pistolas, cuyas bocas le miraban, así como a sus compañeros, con muy poca simpatía.

Silenciosa y simultáneamente alzaron todos las manos. Los empujaron sin ninguna cortesía hacia un rincón, donde quedaron custodiados por dos de ellos, en tanto que el que había golpeado al doctor, pistola en mano, echaba a correr.

Shannon vio gran parte de la operación. A excepción de los dormitorios y los cuartos de aseo, la mayoría de las instalaciones eran completamente transparentes y desde el puesto de mando se divisaba fácilmente todo. Lo único que estaba fuertemente protegido era la central atómica que proporcionaba la energía a la estación, pero nunca había nadie allí. Su funcionamiento era automático. Pero sus pensamientos fueron interrumpidos por un empujón,

— ¡Siéntese en su sitio! —le ordenaron, al mismo tiempo que sentía en sus espaldas, incrustándosele, el cañón de la pistola.

Obedeció, crispando los puños. Como buen irlandés, amaba la lucha, pero no el suicidio. Y resistirse en aquellas condiciones era optar a un definitivo viaje a la Tierra, del que ya no regresaría jamás.

— ¿Qué desea? — murmuró roncamente.

— El "Estrella de Júpiter" va a llegar. Recíbalo como si no hubiera ocurrido nada.

— No podrá detenerse aquí. Está su aparato.

— No se preocupe por eso —y el jefe de los asaltantes movió ampliamente su mano, con lo que la astronave se apartó de la estación, tras retirarse el túnel de comunicación. Se perdió a lo lejos en pocos segundos, pero Shannon tenia, la seguridad de que estaba acechando, como un leopardo en la noche de la selva, a sus futuras víctimas.

— Ahora obre como si no hubiera ocurrido nada. y tenga en cuenta que no me importará disparar contra usted, pero eso significaría la total destrucción de todos sus hombres, así como la de los tripulantes y pasajeros del "Estrella de Júpiter". Reflexione bien.

Estaba pensado ya. Y cuando la astronave viajera se detuvo, cuando la comunicación se hubo establecido, un grupo de hombres, empuñando decididamente sus armas, invadió el interior del aparato, al mismo tiempo que, contraviniendo todas las leyes, el otro se acercaba a menos de cien metros de distancia.

— ¿Qué es lo que piensan hacer? —Interrogó en voz baja Mark.

E! atracador se echó a reír.

— Vienen muchas cosas y muy buenas de Júpiter. Por ejemplo, un confortador cargamento de piedras preciosas.

— Está prohibida la exportación —alegó Shannon.

— Por eso no se quejará su propietario —replicó satisfecho el otro—. Además vienen un par de turistas de los ricos. Pagarán un buen rescate.

— ¡Bandidos! — gruñó Shannon, pero el asaltante continuó con su risa.

— Gracias, amigo. No me ofendo, porque me diga la verdad.

— Les enviarán a la cámara desintegradora en cuanto los prendan.

— Para que ocurra eso, solamente se necesita un pequeño detalle: que nos cojan. ¡Y es tan difícil ... !

Los hombres que habían asaltado la espacionave salieron de ella, con dos prisioneros. Uno de los bandidos corrió hacia el puesto de control.

— Todo listo, jefe. Podemos marcharnos cuando queramos.

— ¿Habéis destruido las comunicaciones?

— No van a poder hablar ni a medio metro de distancia —soltó el atracador una aguda carcajada.

Shannon palideció.

— ¡Se matarán! ¡No podrán aterrizar bien!

— ¿Qué me importa a mí eso? Adviértales que cierren la escotilla o retiro el túnel, con lo que se les escapará el aire. Que aterricen a ojo.

Mordiéndose los puños de rabia, tuvo que obedecer Shannon. Perdió contacto la astronave saqueada, en tanto que la otra se acercaba, y sus hombres se apresuraban a refugiarse en su interior. Mark se apresuró a lanzarse sobre el comunicador, pero antes de que lo lograra una bala hizo trizas el instrumento. Y en sus oídos quedó sonando la siniestra risa del bandido que, seguro de sí, se encaminaba corriendo hacia su nave.

CAPÍTULO II

"Relación de los hechos cometidos por la banda de "gangsters" del Espacio:

"Día 28 de abril de 2158: Primer asalto a la Estación Sideral número tres. Víctimas, ninguna. Botín: diez saquetes de diamantes, valorados cada uno de ellos en cinco millones de dólares, más cinco millones por el rescate de cada uno de los señores T. K. Myron y P. G. Corsican. Total, setenta millones de dólares.

"Día 12 de mayo del mismo año: Detención en plena ruta del "Lanza de las Galaxias". Asesinato del capitán y segundo de a bordo, que intentaron resistirse. Dos pasajeros más, muertos accidentalmente a consecuencia de varíes rebotes de balas. Desaparición de doce millones en billetes y secuestro de Barton M. Dorsey, cuyo rescate costó seis millones más Total: dieciocho millones de dólares.

"9 de junio siguiente: Asalto a la estación Ante Luna. Destrucción de las instalaciones transmisoras; cuya reposición ha costado tres millones quinientos mil dólares. Asalto a la caja del "Exchange of Space", con el subsiguiente saqueo y pérdida de veinticinco millones. Cuatro muertos entre el personal de la estación. Dos más de la banda.

"19 de junio: Voladura del "Rayo de Plutón" por no obedecer la intimación a detenerse de los "gangsters" La heroica conducta de su capitán, Boyd Heinshe, no ha servido para otra cosa que abonar diecisiete millones en concepto de indemnizaciones a las familias de las víctimas, más treinta más en concepto de seguro de la carga, sin

contar el valor del aparato, estimado en veinte millones aproximadamente.

"22 de julio inmediato: Desaparición de la carga del "Fulgor del Universo", consistente en plutonio y minerales estratégicos, valorados en cuarenta y nueve millones, cuyo seguro se ha abonado. Dos muertos en Ia tripulación, y tres desaparecidos en el pasaje, por cuyo rescate piden tres millones, o sea nueve. En total, cuarenta y ocho millones más que podemos considerar perdidos totalmente, porque nuestras pólizas de viaje cubren todo, "absolutamente" todo riesgo y hemos de satisfacer nosotros mismos dichos rescates. Es decir, que en menos de tres meses, la Transpacial, S. A., ha experimentado pérdida por valor de doscientos veintiocho millones de dólares, a las cuales hay que sumar las cantidades que dejan de Ingresar en caja, puesto que el público, naturalmente, deja de hacer sus envíos a otros planetas, aparte de los asientos de las astronaves casi vacíos. Se está perdiendo la afición a los viajes siderales por culpa de esa bien organizada banda de atracadores, y de seguir así, de no poner' pronto remedio a la cosa, la Transpacial deberá declararse en suspensión de pagos, al no poder cumplir sus compromisos."

Calló su presidente, el honorable Bareas K. S. Phillum, paseando su mirada en derredor de la amplia mesa junto a la cual podían observarse los ansiosos y más que serios rostros de los componentes del Consejo de Administración. Una mano se alzó de uno de los extremos y una voz cruzó la sala, una voz aguda, chillona, perfectamente natural en el hombre de quien procedía:

— Señor Phillum, ¿qué se ha hecho para detener a esos granujas?

— El Gobierno nos ha facilitado algunos de sus mejores sabuesos, perdón... ¡ejem! —carraspeó el presidente—: Quise decir algunos de los mejores hombres de sus servicios de investigación, pero donde han oído ustedes pasajeros muertos, pongan los nombres de esos agentes y no errarán. Por lo tanto, estamos igual que el primer día, señor Dupré,

— Esto quiere decir —insinuó otro de los consejeros, Peter Van Dries —, Que si nuestra compañía no puede garantizar la seguridad en los viajes por el espacio, el Gobierno cancelará nuestra concesión y la sacará a subasta, ¿no es así?

— Exacto, señor Van Dries —inclinó Phillium levemente la cabeza—, y además nos veremos obligados a devolver el depósito que hicimos cuando la navegación sideral pasó a ser civil, dejando de estar en las manos de los militares, con objeto de facilitar el comercio entre los

planetas.

— En resumen —intervino otro concurrente, el general retirado Anthony González— que si la cosa continúa así, dentro de poco andaremos pidiendo limosna por las calles, ¿o me engaño?

— No se engaña, general— sonrió levemente el presidente de la Compañía—. No he conocido esos tiempos, pero puede que sea uno de los primeros en colocarme en una esquina con un sombrero viejo, implorando la caridad pública.

El general González se atusó marcialmente el mostacho:

— ¿Puede saber el Consejo de Administración si se ha tomado alguna medida, aunque sea del tipo que podemos llamar "desesperado"?

— Eso es lo que iba a pedir al Consejo —murmuró Phillum—. Tengo al hombre que creo a propósito y lo voy enviar en nuestra próxima expedición.

— ¿Quién es? ¿Cómo se llama? — inquirió Van Dries.

Bareas K. S. Phillum se sonrió levemente:

— Me permitirán reservarme su nombre hasta que todo esté concluido. Para bien o para mal de la Compañía.

— ¿Desconfía de nosotros? —gruñó alguien.

Alzó la mano suplicando:

— ¡Oh, no, por favor! Todos ustedes son de la mayor confianza, no solamente para mí, sino para los accionistas, que ya se empiezan a rebullir inquietos. Pero me gustaría hacerles comprender que hay cosa que es mejor mantenerlas en el más absoluto de los secretos. Es mejor que sólo yo sepa la identidad del agente, quien por otra parte ya tiene las necesarias instrucciones. Obvio es el decir que tiene carta blanca en el capítulo de gastos, y espero que el Consejo esté de acuerdo con mi apreciación.

— Pero... —Dupré empezó a irritarse, mas le cortó un exabrupto del general.

— ¡Cállese! El señor Phillum tiene toda la razón del mundo y por mi parte estoy completamente de acuerdo con él. No me importan los medios, si llegamos al fin, sea como sea. Presidente, tiene toda nuestra

confianza y le reiteramos la aprobación a las medidas que acaba de tomar.

Murmullos de índole parecida se elevaron en la sala, acallando las posibles objeciones, una de las cuales, hecho el silencio, partió del mismo Dupré:

— El plazo para la renovación de la concesión termina el 31 de diciembre de este año. Es decir, que nos quedan siete meses apenas. Su... —el tono era levemente despectivo—, su hombre deberá darse prisa si quiere terminar con tiempo suficiente.

— Estoy seguro de que así lo hará, caballeros. De otra forma... —y el rostro de Phillum se ensombreció, prosiguiendo—: En fin, creo qua es la última y más acertada solución que hemos podido tomar.

Phillum dio por terminada la sesión con estas palabras, iniciando el movimiento para levantarse, pero en aquel momento sonó el zumbador del intercomunicador y Phíllum oprimió la palanca que daba el contacto, iluminándose al instante la pequeña pantalla en la que al momento apareció el típico rostro de un oficinista.

— ¿Qué hay, Jeffries? —preguntó el presidente.

— Hay un caballero aquí que desea ser recibido por usted.

— Dígale que aguarde unos momentos. El consejo está a punto de terminar.

— Sí, señor —pero al cabo de unos segundos la voz volvió a resonar —. El caballero dice desea ser recibido por el consejo de Administración en pleno.

Phíllum miró a sus compañeros como buscando su aprobación y de nuevo fue el general González el que expresó la opinión de todos:

— ¡Hágalo entrar, qué demonio! Así sabremos lo que desea ese pajarraco.

— Está bien. Jeffries, acompáñelo hasta la sala.

— Sí, señor.

Hubo unos momentos de expectación y al fin, tras sonar unos golpes con los nudillos en la puerta de entrada, el presidente oprimió un botón al alcance de su mano, con lo que el acceso al salón de sesiones

quedó franco.

Un hombre apareció en su umbral. Un hombre alto, relativamente joven, delgado de tipo, pero no sin dar sensación de fuerza, al mismo tiempo que en sus obscuros ojos se adivinaba la inteligencia que poseía su cerebro. La mesa formaba un circulo casi completo, solamente interrumpido frente a la puerta, y el recién llegado, con paso ágil, vivo, elástico, recordando un poco al de los felinos, se adelantó hasta colocarse de tal forma que a cualquiera que hubiera ignorado lo que ocurría, le hubiera parecido que era el acusado ante los jueces. Pero en ningún momento dio tal sensación; por el contrario, dio la idea de que su sola presencia dominaba la situación tranquilamente. Inclinó la cabeza levemente y habló:

— Me complace sobremanera encontrar reunido a todo el Consejo de Administración de Transpacial, S. A. y asimismo me complace sobremanera el expresarles mi agradecimiento por la atención que han tenido conmigo al recibirme.

— ¡Déjese de pamplinas y hable de una vez! —gruñó el general, hoscamente.

El recién llegado dirigió una mirada irónica al que acababa de hablar y prosiguió:

— Muy bien. Puesto que su deseo parece ser el de la asamblea, no perderé el tiempo inútilmente. Estoy enterado de la difícil situación de la Compañía y vengo a proponerles la solución para sus males.

— Parece usted saber muchas cosas, señor... dijo altivamente Phillum.

— Boggles, Sam Boggles —respondió éste.

— ¿Quién le ha dicho a usted que la Transpacial se encuentra... digamos, algo afectada?

— Un observador mediano podrá deducirlo simplemente con la lectura de los periódicos televisados. Crímenes, robos y secuestros han sido la tónica de los últimos viajes, y como consecuencia, tanto los comerciantes como el público restringen, los unos sus envíos y los otros sus viajes. Esto implica numerosas pérdidas y, usando términos deportivos, podemos decir que la Compañía se encuentra acorralada contra las cuerdas del "ring", ¿no es así? Pues bien. Yo traigo la panacea para sus males.

El tono de Phillum estaba lleno de orgullo al contestar:

— Supone usted demasiado, señor Boggles. Nuestra Compañía no tiene en estos momentos ningún apuro substancial, ni necesita de esa panacea que usted viene a ofrecernos.

— Está usted equivocado si supone que mis palabras son erróneas. Hablando vulgarmente, tengo información de primera mano y, puesto que no quiero perder más el tiempo, tanto mío como de ustedes, les diré que represento a cierta persona, la cual me ha autorizado a ofrecerles hasta cuatrocientos millones de dólares por su concesión de viajes espaciales.

El silencio que se estableció en el salón al oírse las palabras de Boggles pudo cortarse con un cuchillo. Durante unos momentos los atontados consejeros, así como su presidente, permanecieron extáticos, hasta que, como de costumbre, el general fue el primero en reaccionar:

— ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —aulló—. ¡Sinvergüenza! ¡Bandido! —y se levantó como sí tuera a abofetear a Boggles que, desdeñoso, no se movió, pero fue contenido por algunos de sus colegas, no obstante lo cual el alboroto que se formó atronó la estancia, a pesar de los inútiles esfuerzos de Phillum, que, al romper la campanilla, se sentó cruzado de brazos, aguardando, como el impertérrito visitante, a que se callaran los excitadísimos consejeros.

— Está bien, caballeros — sonrió Boggles, cuando el tumulto comenzó a calmarse—: Veo con toda claridad cuál ha sido su respuesta. Cuatrocientos millones por la concesión. Doscientos más por el material. Ésta es mi última palabra.

Esta vez quien no se pudo contener fue el propio presidente, que por una vez perdió su ecuanimidad:

—¡Ladrón! No ofrece usted ni una décima parte de lo que vale todo.

— Ustedes tienen la palabra, señores. Volveré dentro de una semana, pero si para entonces no han aceptado, mi oferta será reducida en un veinte por ciento. Y así— sonrió, seguro de sí mismo Boggles—, hasta que cedan o...

— ¿O qué...? —interrogó más ansioso de lo que hubiera querido mostrarse Phillum.

— El 31 de diciembre de este año pasará a nuestras manos la concesión sin que nos cueste un solo centavo más de los cien millones que exige el Gobierno. Y los aparatos tendrán que cedérnoslos, dándonos encima dinero, porque, si no pueden hacerlos volar fuera de

la Tierra, ¿para qué les van a servir?

Phillum lo miró de soslayo:

— ¿Quiere decir con eso que... que continuarán los accidentes?

— No quería ser tan franco, señor presidente, pero usted me obliga a ello.

— ¡Le denunciaremos, Boggles! —gritó Phillum, extendiendo su índice hacia su Interlocutor—. Todas las conversaciones quedan registradas en el grabador y...

Boggles no abandonaba su burlona sonrisa.

— Podrían hacerlo si no hubiera traído conmigo un neutralizador. No solamente no ha quedado registrada esta conversación, sino que les aconsejo recuerden sus anteriores palabras. Están borradas también.

Y con una inclinación, llena de ironía, Boggles se retiró, sin que nadie se atreviera a oponerse, estupefactos todos ante la serie de increíbles frases que habían escuchado, y que diez minutos antes les hubiera parecido no había nadie en la Tierra capaz de pronunciarlas.

Por eso una semana después, cuando el honorable Bareas K. S. Phillum, con voz derrotada, anunció que todavía no se había hecho público y se rogaba el secreto más absoluto, otra de sus naves espaciales había sido asaltada y muertos sin compasión todos sus ocupantes, la desmoralización más absoluta se apoderó de los consejeros de la Compañía, y algunos de ellos hablaron de pactar con Boggles, que, puntual a su aviso, se presentó para hacer su segunda oferta.

Pero el general González fue quien galvanizó los decaídos ánimos y el emisario de aquel o aquellos desconocidos compradores fue arrojado ignominiosamente del salón, no sin que alguno de los excitados accionistas volviera a su poltrona ocultándose con el pañuelo el ojo que ya comenzaba a amoratarse.

Discutieron nuevamente, haciéndose mutuos y amargos reproches, y por fin coincidieron todos en dar un voto de confianza al presidente, que tras agradecer secamente tal muestra, tomó su cartera, en la. que guardaba los rollitos de cinta magnetofónica, disponiéndose a salir del salón, y a continuación, por el ascensor, hacia el vehículo en forma de platillo que le aguardaba en la terraza del edificio, a cuatrocientos metros de altura sobre el nivel del suelo.

— A casa, Fred —dijo el señor Phillum a su conductor, pues era un hombre chapado a la antigua, y lamentaba infinito no haber nacido en la época en que los hombres de negocios usaban hongo, chaqué, pantalones rayados, botines, guantes y paraguas, viéndose obligado a vestir de aquella casi uniforme manera que era la masculina moda del siglo XXII. No obstante, su espíritu era conservador y, aunque le costaba un ojo de la cara, tenia lo que hacía doscientos años se llamaba "chauffeur", y en su domicilio, el correspondiente mayordomo, que no fue precisamente en esta ocasión quien le abrió, sino el propio Sam Boggles, recuperada su irónica sonrisa, y reparados, tanto en su ropa como en su rostro, los desperfectos que había sufrido al ser arrojado de no muy buena manera del salón de sesiones.

— ¿Qué es esto? ¿Qué significa esta invasión? —exclamó, encolerizado, pues acababa de ver, en un rincón del vestíbulo, a Phil, el mayordomo, con los ojos muy abiertos, amordazado y hecho un paquete con las ligaduras que le rodeaban el cuerpo, del cuello a la cintura.

— Pase, pase usted, señor Phillum. Está usted en su casa —murmuró, con su peculiar tono insultante, Boggles.

Pero aquél no hizo caso. Se volvió para llamar a Fred, el chófer, sin que llegara a pronunciar palabra, puesto que el hombre subía por las escaleras que separaban la entrada de la casa del plano de la acera, con las manos en alto, a causa de tener una pistola en la espalda, firmemente empuñada por un hombre, cuyo rostro indicaba a las claras que nunca se le había ocurrido opositar a un premio en un concurso de belleza masculina.

— ¡Voy a llamar a la policial ¡Esto es un insulto! —gritó, encolerizado sumamente, el honorable Phillum, dirigiéndose hacia el intercomunicador, y moviendo frenéticamente el botón de contacto hasta que, percibiendo una carcajada a sus espaldas, se volvió y pudo apreciar cómo Boggles reía a más no poder.

— Es inútil, mi querido señor Phlllum, La casa está perfectamente aislada y nadie se enterará de lo que va a pasar.

Palideció el presidente de la Transpacial. Retrocedió un paso, murmurando:

— ¿Me... me van a matar?

— ¿Quién habla de eso, señor Phillum? Nada más alejado de nuestras

mentes que el causarle el menor daño. Únicamente le interrogaremos. Necesitamos saber un detalle importantísimo... para nosotros, claro está —terminó Boggles, encendiendo descuidadamente un cigarrillo y avanzando un paso hacia el financiero, que le imitó, pero dándolo a su espalda.

— ¡No diré nada! ¡No podrán obligarme! ¡Resistiré todas las torturas!

— ¿Quién habla de torturas, señor Phillum? Para saber quién es ese misterioso personaje que envía la compañía a averiguar quiénes son los misteriosos "gangsters" del espacio, como usted afortunadamente los ha calificado, no hace falta emplear ninguna clase de tortura; únicamente una simple inyección de bipentotal, y hablará usted sin que nos tengamos que esforzar en otra cosa que en preguntarle.

Todavía palideció más Phillum. Trató de echar a correr, pero fue alcanzado con facilidad por Boggles, quien, en un santiamén, le pasó una mano por el cuello, al mismo tiempo que con la otra le sujetaba el brazo derecho, al mismo tiempo que le hundía una rodilla en la espalda, con lo que el señor Phillum quedó absolutamente imposibilitado para hacer toda clase de movimientos.

— ¡Aprisa, Jupp! —gritó Boggles, y el otro bandido alzó la mano.

Se oyó un golpe seco, y el conductor del vehículo del financiero se derrumbó inerte, al recibir detrás de la oreja el impacto de una pesada pistola. Hecho esto corrió a ayudar a su jefe, quien se asomó a la puerta de la casa haciendo unas señas con la mano.

Enfrente se hallaba un hombrecillo de aspecto insignificante, leyendo un periódico. Cruzó rápidamente la calle y entró en la casa.

— ¿Dónde está? —preguntó, pero se fijó en seguida en el aterrorizado personaje que estaba sentado en un sillón, amenazado por Jupp.

De uno de sus bolsillos sacó una cada negra y alargada, que abrió. Una jeringuilla. apareció instantáneamente en su mano y su aguja, a pesar de las desesperadas protestas de Phillum, se clavó en su antebrazo, previamente puesto al descubierto.

Boggles esperó cinco minutos, transcurridos los cuales el presidente de la Transpacial contestó a todo cuanto le preguntaron sin hacer la menor oposición. Y cuando su interrogador se sintió satisfecho, se volvió hacia el hombrecillo:

— ¡Ahora la otra inyección, doctor! ¿Está usted seguro de que ésta le

devolverá la memoria, excepto en el pasaje de que hemos estado hablando?

— Si tan seguros tuviera yo los veinticinco mil que me han prometido… —masculló el Esculapio, volviendo a inyectar a Phillum —. ¡Listo! —dijo, cuando concluyó, guardando los instrumentos.

Boggles echó mano al bolsillo, pero lo que salió de él no fue un fajo de billetes, sino una pistola con silenciador.

— ¡No! ¡No…! — aulló aterrorizado el médico, echando a correr, pero la bala fue más rápida y lo abatió muerto instantáneamente.

— Hay que reconocer que los antiguos tenían unos inventos muy útiles — sonrió Boggles—. Este silenciador es una maravilla.

— ¿Por qué lo ha matado, jefe? —preguntó Jupp.

— ¡Idiota! ¿No ves que sabía tanto como nosotros? ¡Vámonos!

Pero antes de salir, y con un suspiro de resignación, mirando a Phillum que comenzaba a reaccionar, arrojó media docena de billetes sobre el muerto.

— Tendrá en qué entretenerse cuando se despierte —dijo.

CAPÍTULO III

— Sí, voy una temporadita a Venus. Un poco de turismo, chico. ¡Qué se le va a hacer!

— Demasiado lejos para, mis gustos. Muchos días encerrado en un cohete. No va bien con mi claustrofobia.

— El capitán Slinker es un buen piloto. Hace que olvides por completo que hay cosas tan desagradables como aceleración y gravedad.

— Minnie, ¿crees tú que tendrá éxito esta colección de modas fuera de la Tierra?

— Menos mal que me pagan el cuádruplo, de lo contrario los modelos

los iba a exhibir la propia señora Scudder.

— No, señorita, no. El viaje es absolutamente seguro. Fantasías lo de los asaltos en plena ruta. Periodistas que quieren justificar la petición de un aumento de sueldo.

— ¿Un cóctel a la venusiana? ¿Con o sin gotas antigravedad, caballero? .

— ¡ATENCIÓN, ATENCIÓN! El expreso de Marte está a punto de llegar. Sírvanse pasar a la Sala VI los señores que esperan a algún viajero —los altavoces, con sus ladridos, dominaron por un momento el confuso fragor de las conversaciones sostenidas por el público que llenaba la dependencia del astropuerto Tierra 1, y tras cesar en su recomendación, repetida otra vez, volvieron a reanudarse los interrumpidos diálogos.

Ernie Heaviside estaba plácidamente sentado en la sala de espera, aguardando ser llamado a su cohete. Un fajo de periódicos y revistas descansaba sobre su regazo, en tanto que una leve columnita de humo se escapaba del cigarrillo que sostenía descuidadamente entre los dedos, mientras que contemplaba divertido el ajetreo y el tráfago de la espaciosa estación sideral, a lo lejos de la cual podían divisarse los enormes bosques que cubrían lo que un tiempo fuera desierto de Sahara. Pero de repente su atención fue requerida por dos cosas, que se sucedieron una tras la otra.

Primero fue el paso de una mujer. Alta, esbelta, de obscuros cabellos, caminando con el porte de una diosa, sin que pareciera moverse la escultura griega que había debajo de los ropajes andróginos aptos para los vuelos siderales, sobre todo en las primeras etapas. Un sencillo maletín iba en su mano izquierda, en la que, centelleante, arrancando chispas, una enorme esmeralda ponía una nota de fulgores cambiantes continuamente.

Después, fue un grupo de cuatro hombres, caminando todos ellos a la par. Pero los dos que iban en el centro Iban esposados, ceñudos, sin mirar a ninguna parte, procurando hacer caso omiso de los comentarlos que se oían a su paso. Ernie, siguiendo el grupo con la mirada, los vistió a todos con las ropas de doscientos años atrás, y averiguó inmediatamente cuál era el destino de cada uno de ellos. En verdad, se dijo, que mejor hubieran estado los cuatro con sombreros flexibles, de anchas alas e inclinadas sobre la frente, y amplias americanas cruzadas. Era la vestimenta que mejor cuadraba a cada uno de ellos.

Pero sus cogitaciones fueron interrumpidas por la presencia de una persona, y lo primero que vio fue una azul bocamanga con cuatro galones dorados. Todavía se seguía llevando el convencional uniforme común a todos los marinos de antaño por los pilotos espaciales, cuando menos en tanto no tenían que usar ropas de altos trayectos. Ernie Heaviside alzó sus ojos en los que se reflejó un rostro sonriente al par que enérgico y decidido.

— ¡Buenos días, señor Heaviside! Es un placer y un honor para nosotros contarle como viajero. En nombre de la Compañía permítame desearle un feliz viaje, que, entre paréntesis, es tanto como deseármelo a mí mismo. Pero, permítame que me presente: Capitán Gremlin, piloto jefe del "Luz del Sistema".

— Encantado, capitán. Muy agradecido por sus amables frases.

— No hay de qué, señor Heavíside. En realidad tenía ganas de conocerle personalmente. Es usted un hombre famoso en toda nuestra Galaxia. Su "Poema de las Estrellas" es algo difícilmente superable. Es... es —el capitán Gremlín pareció meditar, bajo la benevolente mirada del poeta—. ¡Ya está! Su poesía es en la literatura como nuestra civilización A.B.A. y D.B.A. (1). Ha marcado un hito que no se puede superar. Especialmente "El negro espacio silencioso". ¿Sabe que, extraoficialmente, claro está, los pilotos de la Transpacial hemos adoptado este fragmento como nuestro himno?

(l) Antes de la bomba atómica y después de la bomba atómica.

— Muy amable, capitán Gremlin. Tal derroche de elogios me confunde. Pero quisiera hacerle una pregunta. Si soy indiscreto, dígamelo sin reparos.

— Estoy a sus órdenes, señor Heaviside.

— Siéntese a mi lado. Es decir, si dispone de un minuto.

Obedeció complacido el capitán Gremlin, y el poeta, con discreción, le indicó la alta figura femenina, que se hallaba a unos cuantos metros de allí, rodeada de un grupo de esbeltísimas muchachas, a las cuales parecía impartir órdenes.

— ¡Ah, ya! Kim Scudder. Es la propiearia de "Kim's", la modista más famosa. Al menos eso dice mi mujer —sonrió Gremlin, que prosiguió —: Y a juzgar por sus facuras lo es. Una vez se me ocurrió regalar a mi esposa un vestido, y tuve que pedir prestado a todos mis compañeros. No lo volveré a repetir.

— ¡Hermosa mujer! —pareció murmurar para sí Ernie—. Afortunado mortal su dueño.

— ¿Afortunado? —el capitán Gremlin se echó a reír—. Tiene un marido que no sabe apreciarla. Están separados, ¿sabe?

— ¿Divorcio?

— No. Al menos por ahora. Ella no quiere, según chismorrerías de mi esposa, que no se pierde una. Dice que el matrimonio es para toda la vida. Para bien o para mal. A la señora Scudder le ha salido para mal y lo soporta con toda la filosofía de que es capaz.

Ernie contempló otra vez, admirativo, la hermosa figura que, inconsciente a los elogios que se la tributaban, continuaba hablando con las modelos, y preguntó:

— ¿También viaja con nosotros?

— Sí. Creo que la señora Scudder ha recibido una importante oferta de una casa de Venustown y va a presentar su última colección. Volverá forrada de millones —suspiró melancólicamente Gremlin.

— Escuche, capitán —la atención de Ernie se centró en el otro grupo, el de los cuatro hombres.

— ¡Ah, sí! —el piloto consultó la lista del pasaje que extrajo del portafolios que llevaba en la mano—. Son dos peligrosos malhechores, Tyler Maslowski y Paul McGerald. Cinco años en Plutón, ¿sabe? No cambiaría mi pellejo por el de ellos por nada del mundo. Ni tampoco por el de los agentes de escolta. Demasiado largo el viaje.

— ¿Qué han hecho? —inquirió, curioso, Heaviside.

— Sabotaje. Cegaron dos tubos de energía de una de nuestras naves, pero los cogieron con las manos en la masa antes de que concluyeran su labor. Por eso han escapado solamente con cinco años, y ya está bien. Una temporadita así, sin ver el sol, a una media de 240o bajo cero, es como para pegarse un tiro. Pero es lo menos que se merecían. De no haber sido descubiertos, una nave, con todos sus ocupantes, hubiera volado como un castillo de fuegos artificiales.

— Gracias, capitán —dijo Heaviside, volviendo sus ojos a la figura femenina, hacia la cual se sentía atraído a su pesar.

— Con su permiso, señor —sonrió maliciosamente Gremlin—. Tengo

que disponer todo lo necesario para la partida. Permítame repetirle que yo y todos mis hombres estamos a su disposición, incondicionalmente.

— Muchas gracias, capitán. Es usted muy amable —pero los pensamientos de Ernie estaban muy alejados de allí.

Alguien entró en la sala. Otro grupo de hombres, atropellando todo cuanto se ponía a su paso. Unos de ellos iban armados con cámaras portátiles de televisión y fotográficas; otros, con diminutas registradoras de sonido. Se detuvieron en el centro, ante la expectación del numeroso público, y de repente, a un grito de uno de ellos, la tromba se dirigió hacia Ernie, que iniciaba en aquel momento un movimiento para levantarse.

— ¡Por favor, señor Heaviside! Unas palabras para nuestros "videos". ¿Cuáles son los motivos de su viaje?

— ¿Busca inspiración? —preguntó otro reportero.

— Nos han dicho que tiene usted en preparación otro libro de poemas, ¿es eso cierto?

— ¿Cuál es su destino? ¿A, qué planeta se dirige? Ernie alzó las manos, algo aturdido y un tanto deslumbrado por los fogonazos de los "flashes", al mismo tiempo que sentía encarados los objetivos de las cámaras de televisión que le enfocaban los reporteros.

— ¡Por favor, señores! ¡Por favor! Una pregunta tras otra. Así no se puede contestar debidamente.

Ante el barullo que habían provocado los fotógrafos y periodistas, la atención del público se centró en la persona que estaba siendo interrogada, y Kim Scudder no pudo por menos de volver la vista hacia el centro de aquel jaleo, viendo que el hombre a quien torturaban los chicos de la prensa, como todavía seguía llamándoseles, se había puesto en pie y con su elevada estatura dominaba a todos ellos.

Kim apreció un rostro agradable, de cabellos negros ligeramente ondulados, ojos grises y admiró la. anchura de sus hombros. Pero antes de que tuviera tiempo de preguntar quién era aquel importante personaje, una de sus modelos exclamó:

— ¡Cielos! ¡Si es el mismísimo Ernie Heaviside! Kim Scudder se quedó instantáneamente sola.

Como una bandada de pajarillos, las chicas echaron a correr y, atropellando la rueda de periodistas, irrumpieron en medio, rodeando al poeta, que palideció retrocediendo hasta que no pudo más, de lo cual se aprovecharon los periodistas y "cameramen", hasta hacer saltar sus objetivos.

— ¡Un autógrafo, señor Heaviside!

— ¡Por favor, dedíqueme un pensamiento!

— ¡Fírmeme aquí!

Apoyado en el mostrador del bar se hallaba Dirk, el popular vendedor de libros y revistas, que preguntó Indiferentemente:

— ¿Quién es aquel tipo tan admirado?

— ¿Será posible? —le replicó asombrado Pat, el "barman", que en aquellos momentos no tenía ningún cliente a la vista —. ¡Ernie Heaviside, hombre de Dios!

— ¿Ernie Heaviside, has dicho? —e inmediatamente Dirk se convirtió en un torbellino, entrando detrás del mostrador, donde tenía un montón de libros con la efigie del autor. Cogió un enorme brazado de ellos, dejando todo lo que llevaba encima y salió disparado hacia el grupo, irrumpiendo en él como una bala,

— ¡Señoritas, aprovechen la ocasión! ¡El "Poema de las Estrellas" por solamente veinticinco dólares! —el que aprovechaba la ocasión era el astuto Dirk, que lo cobraba a un precio cuádruple, pero que no le fue regateado—. ¡El propio autor les dedicará un ejemplar! ¡Sólo por veinticinco dólares y no se descuiden! ¡Los voy a agotar!

Se los arrebataron de las manos. Los billetes le llovieron y las muchachas no se preocuparon siquiera de las vueltas. Ni tampoco Dirk, que en cinco minutos hizo el negocio que no habla conseguido hacer en todo el mes. Se retiró triunfalmente vencedor, dejando tras sí un agobiadísimo hombre, materialmente asaltado, no solamente por las maniquíes, sino por el público que, dándose cuenta de lo que ocurría, imitó a las muchachas en su frenesí por el famoso autor, quien no daba abasto a firmar.

Kim Scudder miró con disgusto el histérico tumulto. Taconeó impaciente en el suelo, pero se abstuvo de intervenir. Era demasiado orgullosa para ello. Sacó un cigarrillo de su bolso, pero antes de que sacara un encendedor, una llamita brotó ante ella.

— Tú tan hermosa como siempre —murmuró en tono de intensa admiración el hombre que se le había acercado sin que ella se diera cuenta.

Kim encendió el pitillo y luego exhaló el humo, contemplando a su interlocutor, fornido, con tendencia a la obesidad, sanguíneo de rostro, de ojos que parecían pedernal tallado y que sonreía satisfecho de sí mismo.

— Gracias, Val —lo miró fríamente.

— ¿De negocios, Kim?

— Tú lo has dicho, Val. Voy a Venustown. Me hicieron una interesante oferta y decidí aprovecharla.

— Siempre fuiste una excelente mujer de negocios, Kim. Nunca has dejado que el corazón *se* mezclara con las cosas del cerebro.

— Esa frase es Inexacta, Val, y tú lo sabes bien.

— ¡Es cierto! —suspiró éste—. Una vez sucumbiste a lo que podemos llamar mi poder de seducción, pero aquello ¡está tan lejos!

— Afortunadamente. Al menos para mí —murmuró ella, mirando a lo lejos, contemplando distraídamente el aterrizaje de la espacionave que soltaba por los tubos potentes chorros de ardientes gases, frenando el descenso, bajando con la suavidad de una pluma.

— Quisiera hacerte una proposición, Kim —rogó el hombre.

— Si es la que ya me supongo, pierdes el tiempo, Val —continuaba sin mirarle.

— ¿Por qué? Lo separación definitiva nos convendría a ambos, Kim.

— ¿A ambos? ¿O a tí solamente? —se burló la mujer, que continuó—: Es inútil, Val, que insistas. Ya sabes mis ideas sobre el particular, por más que no son ideas, sino una simple consecuencia de la religión que profeso. Cometí un error al casarme contigo, y aunque lo reconozco, no por eso he de recurrir a un extremo que me repugna.

Val Scudder comenzó a perder los estribos: —¡Buscaré los motivos y presentaré yo mismo la demanda!

Descendieron levemente las largas pestañas de la mujer, al mirar irónicamente a su esposo:

— ¿Qué motivos vas a alegar, Val? Demasiado sabes que mi vida es total y absolutamente transparente, sin que la murmuración haya encontrado el menor motivo en qué cebarse. Ni siquiera puedes alegar nada sobre las muchachas que empleo como modelos. Son de una conducta intachable y en cuanto averiguo la menor nota desfavorable, las despido. Por esa parte, pues, te encuentras desarmado.

Apretó los puños el hombre y, viendo que sus esfuerzos iban a ser inútiles, varió de táctica:

— ¡Si tú quisieras, Kim! Sabes que, siempre, a pesar de todo lo que ha ocurrido, te he amado. Volvería a ser el esposo de nuestros primeros meses...

— Para, a los quince días de reanudada la vida en común, volver a las andadas. No, Val, no. Sigue tu camino, y ten en cuenta que la ruta que llevas conduce indefectiblemente a la que llevan esos dos hombres —y al decir eso, señaló a los penados, que aguardaban estoicamente el momento de embarcar— ¡A la penitenciaria de Plutón! Y te agradeceré que me dejes sola, Val. Hemos hablado ya demasiado.

Scudder inició un movimiento de retirada, pero tras dar un par de pasos, pareció pensarlo, regresando Junto a su esposa.

— Antes de decirte adiós, quiero darte un consejo, Kim.

— Gracias, Val. Haré exactamente todo lo contrario. Estoy segura de acertar.

Se encogió él de hombros y después de breve vacilación exclamó:

— ¡No embarques, Kim! ¡No emprendas el viaje!

— ¿Me indemnizarías tú si suspendiera la expedición? —preguntó ella, plena de ironía en la voz.

Val Scudder se mordió los labios, abrió la boca como si fuera a hablar nuevamente, pero pareció meditarlo mejor y se marchó con apresurado paso, seguido por la disgustada mirada de la mujer, que tratando de olvidar el incidente se sumergió en la lectura de un montón de papeles de negocios que extrajo de las profundidades del bolso. Y tanto se abstrajo que no se dio cuenta de que los altoparlantes llamaban a los viajeros para Venus, hasta que el ruido que hacían las muchachas cogiendo sus equipajes, los que llevaban en la mano, la hizo ver que había llegado la hora de la partida.

Comenzaron las despedidas.

— Una última palabra, por favor, señor Heaviside...

— Adiós, Jimmy. Cuídate mucho y no dejes de mandar un espaciograma en cuanto llegues.

— Sujétate bien a la litera, hijo mío.

— Adiós, cariño. Antes de seis meses, de vuelta al hogar.

— "Aloha", Claire.

— Señora Scudder, un momento...

Fogonazo del "flash"...

— Un beso muy fuerte...

— Cuidado con las nieblas. Dicen que son muy malas en Venus...

Más fogonazos...

Comenzaron a disolverse los grupos, quedándose todavía algunos rezagados que agitaban los pañuelos a los que, de pie en la acera deslizante, se encaminaban hacia la imponente mole del "Luz del Sistema" que se alzaba, rígido, brillante, imponente en su silenciosa inmovilidad, a un kilómetro de los edificios de la estación. Pero ignoraban que les aguardaba una sorpresa.

CAPÍTULO IV

La astronave, dejando escapar ingentes cantidades de energía por las toberas, hábilmente conducida por su piloto, se aproximó a la estación espacial, en la que su oficial de servicio, el teniente John Barkley, dejó escapar una rotunda e intraducible exclamación.

— ¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Ése no es el "Luz del Sistema"!

— Naturalmente que no —le contestó su adjunto, el suboficial Sparks Trainn—. Se aprecia fácilmente a primera vista.

Barkley no se dio cuenta momentáneamente del insólito hecho de que su adjunto no le hubiera advertido a tiempo de que el aparato que se acercaba no era el esperado, por lo que se abalanzó sobre el cuadro de comunicaciones, dispuesto a pedir socorro a la Tierra, mas hubo de detenerse repentinamente cuando una anticuada, pero no por eso menos eficaz pistola, apareció en la mano de Trainn, encañonándole firmemente, con lo que la luz se hizo en el cerebro del oficial.

— ¡También tú...! —murmuró, y luego le insultó, escupiéndole la palabra—: ¡Traidor!

Al mismo tiempo se arrojó sobre él, despreciando el peligro, pero la mano del adjunto no tembló. Oprimió el gatillo y de la boca del arma salió un fogonazo y un circulito cárdeno apareció inmediatamente en la frente de Barkley, quien se desplomó hacia adelante, sin una palabra más, sin un gesto, quedando instantáneamente muerto. Y luego el asesino se volvió e hizo con la mano un amplio gesto hacia la astronave, seguro de que era visto con toda claridad desde allí. Acto seguido, manejó los correspondientes controles y el túnel estanco se deslizó hasta colocarse en la escotilla de la astronave, de la que, obedeciendo a una orden, con disciplina militar, un torrente de hombres, todos ellos armados hasta los dientes, se esparcía por todos los rincones de la estación, conquistando sus puntos neurálgicos, antes de que los sorprendidos servidores tuvieran tiempo siquiera de reaccionar.

— Gracias, Trainn —dijo alguien entrando en la sala de mandos, arrojando una indiferente mirada sobre el cadáver del oficial—. ¿Se resistió?

El canalla le contestó con una risita apagada:

— ¿Usted qué cree? Lo intentó nada más.

— Está bien, Trainn. Serás recompensado como te mereces.

— Cincuenta mil, no lo olvide, Kramm. Y tome mi pistola. No quiero que cuando empiece la investigación me la encuentren encima. Ustedes fueron los que le mataron, ¿no es así?

— Cierto, muy cierto —murmuró pensativo mientras tomaba el arma de manos del otro—. Así lo haremos constar. No te molestará nada. A un cadáver no le molesta nadie.

Trainn se levantó a medias, comprendiendo tardíamente la trampa en que se había metido.

— Usted... usted no puede hacer eso...

— ¿Que no? —rió el otro burlonamente, en tanto que hacía su primer disparo, que alcanzó al adjunto en pleno pecho derribándole sobre la mesa de controles, sobre la que intentó en vano mantenerse, con la manos engarfiadas—. Eres muy duro de pelar, amiguito —y volvió a disparar, alcanzándolo de lleno detrás de la oreja, con lo que el traidor acabó por caer al suelo. agitándose cada vez más débilmente hasta que con un definitivo suspiro cesaron sus movimientos.

— Cincuenta mil que me he ahorrado —dijo el "gangster" satisfecho, arrojando el arma sobre los dos cadáveres, que habían quedado cruzados el uno encima del otro, la víctima debajo de su matador, castigado con su misma traición, y luego se volvió al ver que un par de hombres suyos entraban en la sala—. Esto está listo. Decidle al piloto que aparte la nave a unos cuantos kilómetros. Que permanezcan allí hasta nueva orden.

Entretanto, ignorantes de la sorpresa que les aguardaba, los ocupantes del "Luz del Sistema" se disponían, en sus literas, a soportar la deceleración, sujetándose en sus literas. Ernie se sintió irresistiblemente proyectado hacía adelante y abrió la boca, sintiendo como si por ella se le quisiera escapar el estómago, cuando los tubos de freno dejaron escapar los gases que reducían la marcha. Pero fue un momento muy breve. En la enorme pantalla televisora que había encima de los asientos que, mediante un breve juego de palancas, se transformaban en cómodas literas, apareció la imagen de la estación sideral, agrandándose cada vez más, hasta que llenó todo el espacio rectangular, y entonces notó la breve sacudida del aparato al primer contacto con el muelle.

— Todos los pasajeros descenderán para someterse a las operaciones necesarias para continuar el viaje —ordenó alguien a través del altavoz, y Ernie se soltó las correas, incorporándose, en el preciso momento en que alguien, a su lado, vacilaba y hubiera estado a punto de caer de no sujetarla él con fuerza por uno de sus brazos.

— Gracias —murmuró Kim Scudder, cuando por fin recobró el equilibrio—. Me mareé un poco al decelerar. No estoy acostumbrada a estos viajes.

— Tampoco yo —rió Ernie—. Es mi segunda experiencia de esta índole.

Y no hablaron más por el momento, sino que se dirigieron hacia la

salida, en la cual, apenas se habían asomado, se detuvieron, como si no creyeran en lo que estaban presenciando.

— ¡Bonito comité de recepción! —murmuró Ernie al ver la doble fila de hombres, de rostros patibularios, con rifles terciados.

— ¡Oh! —gritó irreprimiblemente Kim, retrocediendo un paso al ver la serie de "gangsters" sobre cuya identidad no cabía la menor duda.

Una persona avanzó hacia ellos por en medio de la calle de hombres que permanecían rígidos, inmóviles, aguardando sin duda órdenes, y el rostro del que se encaminaba hacia la escotilla de la astronave estaba sonriente, como altamente satisfecho de sí mismo.

Se detuvo a tres metros de los cuatro o cinco escalones.

— ¡Bienvenidos, señoras y caballeros! Por esta vez, las operaciones para continuar el viaje a Venus van a sufrir alguna modificación que no dudo será de su agrado, precisamente por lo inesperado. Tengan la bondad de continuar.

Pero antes de que Ernie ni Kim, que habían sido los primeros en acudir a la salida, tuvieran tiempo de mover un dedo, alguien los apartó violentamente a un lado, y de nuevo Ernie tuvo que sostener a la mujer, que estuvo a punto de ser derribada.

— ¡Canalla! ¿Qué es esto? —gritó excitado el capitán Gremlin.

— Simplemente lo que podemos llamar con delicado eufemismo una apropiación indebida, pero no por ello deja de ser apropiación. Lleva usted demasiados objetos —y al decir esta palabra, miró aviesamente hacia Kim Scudder que, sin saber por qué, no pudo evitar que un helado estremecimiento le recorriera el hermoso cuerpo—, demasiados objetos, repito, de valor para que consintamos en dejárselos llevar libremente.

Pero el capitán Gremlin era un valiente y no le dejó apenas concluir al bandido. Al mismo tiempo que saltaba hacia adelante, desenfundó una pistola eléctrica, cuyo gatillo oprimió nerviosamente.

Su oponente había previsto el movimiento y se agachó rápidamente, por lo que el proyectil le pasó por encima, yendo a dar a uno de los inmóviles bandidos, que no tuvo tiempo siquiera de lanzar un grito, al convertirse instantáneamente en una masa de carbón, cuando los miles de voltios que había encerrados en la cápsula se desparramaron por todo su cuerpo. El rifle que empuñaba lanzó una aterradora serie

de chispas, cayendo al suelo únicamente las partes metálicas producidas al incendiarse la culata y el guardamanos de madera, y desde la posición de semiarrodillado en que se encontraba el jefe de los "gangsters" hizo un disparo. Uno sólo, pero fue suficiente, porque el capitán Gremlin cayó hacia delante con un ronco grito, emitido al sentir en su pecho la mordedura del proyectil que le atravesó limpiamente de parte a parte.

La detonación de su pistola se confundió con el crepitar de media docena de rifles que los bandidos habían disparado, alarmados, pero su jefe les increpó:

— ¡Quietos, estúpidos! ¿Creéis que no me basto yo solo para resolver este incidente?

Sin embargo, en el mismo momento en que Gremlin hacia uso de su arma, Kim, que presenciaba aterrorizada la escena y que vio perfectamente cómo el Infeliz piloto, que se hallaba a su lado, caía hacia delante, se sintió asida por unos fuertes brazos y atraída hacia atrás, con lo que sin duda se salvó de una muerte segura, cuando las balas disparadas por los atracadores penetraron, gruñendo amenazadora mente en el interior de la astronave, sin que, por fortuna, alcanzaran a nadie más.

Pero se desasió prontamente de las manos que la sujetaban y miró con llameantes ojos a Ernie:

— ¡Cobarde! ¿Qué hace usted ahí que no sale y lucha?

— ¡Señora Scudder, por favor! Si usted me lo ordena, saldré e insultaré a esos hombres para que me maten, pero no me diga que salga a luchar ¿Quiere decirme con qué?

Comprendió ella lo improcedente de sus palabras, mas antes de que tuviera tiempo siquiera de excusarse, el mismo que había matado al capitán, después de pasar por encima del cuerpo de éste, se asomó:

— El caballero tiene razón, señora. Pero mejor será que me sigan —y al decir esto, agitó una de sus manos, a cuyo gesto unos cuantos de sus hombres penetraron en el interior, arrojando fuera, sin contemplación alguna, a hombres y mujeres que, con Ernie y Kim a la cabeza, abatidos, en rebaño, se dirigieron hacia la sala de espera, en la que hacía otra cuadrilla análoga de nombres, armados también de la misma manera.

Los bandidos rodearon a las cuarenta o cincuenta personas que, entre

tripulación y pasaje, componían la dotación de la astronave, y frente a ellos se situó Kramm, que comenzó a hablar, cuando alguien le acercó unos papeles que hojeó distraídamente.

— Señor William Clarke —dijo al cabo de unos minutos—: ¿tiene la bondad de aproximarse?

El aludido, por el contrario, dio un paso atrás, pero un "gangster" le vio la acción y le empujó hacia adelante, con la culata, y muy poca ceremonia, por lo que tuvo que avanzar, muy a pesar suyo, hasta un metro del que mandaba, que lo miró fríamente.

— Señor Clarke, usted es un rico propietario y no padecerá mucho si se desprende de media docena de millones que a nosotros nos harán mucha falta.

— ¡No... no los tengo! —tartamudeó el hombre, palideciendo—. Mi for... mi fortuna no alcanza a tanto.

— No me haga reír, ni mucho menos perder el tiempo. Lo tengo todo preparado para que en Nueva York su banco pague, sin rechistar, ese rescate. Entretanto, usted se vendrá con nosotros y sabrá lo bueno que es desecar pantanos.

— ¡Por favor... ! —imploró sollozante Clarke, pero a un frio ademán del otro un "gangster" lo apartó con pocos miramientos de allí,

Tres o cuatro hombres más fueron llamados, y recibieron idénticas órdenes, a las que asintieron con más o menos reparos, pero debiendo resignarse a lo inevitable. A la fuerza se reunieron con Clarke, formando un abatido y tembloroso grupo que ni siquiera se atrevía a chistar.

El jefe de los "gangsters" consultó una vez más la lista del pasaje y llamó:

— ¡Señora Scudder, tenga la bondad!

Alguien la empujó. Alguien la echó hacia adelante de muy mala manera, pero Kim, furiosa, sin poder contenerse, se volvió hacia el granuja y le atizó una soberana bofetada, que resonó con toda claridad en la estancia.

— ¡Sinvergüenza! —se sulfuró la mujer, al verse tratada tan desconsideradamente, pero en aquel momento el hombre, olvidando el sexo, levantó el cañón del rifle, dispuesto a descargarlo sobre la

cabeza de la mujer, pero ésta retrocedió un paso, chillando asustada.

No lo consiguió. Alguien, un hombre, se le plantó enfrente, y deteniendo fácilmente con una mano el descenso del arma, alargó la otra, cerrando el puño con fulminantes efectos.

Los pies del bandido se separaron unos cuantos centímetros del suelo al recibir en el mentón el demoledor impacto y se desinteresó a continuación de cuanto ocurría. Otro de los forajidos, tratando de cortar lo que creía una sublevación de los prisioneros, se abalanzó sobre Ernie Heaviside, que fue quien golpeó a su compañero, pero antes de que se diera cuenta, el arma le fue arrebatada de las manos, en dolorosísima torsión que le hizo arrancar un aullido de dolor, al mismo tiempo que un brutal rodillazo al vientre le hacía encogerse sobre sí mismo. Luego, antes de que pudiera recuperarse, el cañón del arma se estrelló contra su mejilla, en la que dejó una sangrienta marca, y el hombre fue arrojado como un pelele a un lado por la violencia del golpe.

Ernie no tuvo tiempo de hacer fuego siquiera. Alguien se le acercó por detrás y le golpeó en la nuca. Puso los ojos en blanco, soltó el arma al aflojar las manos y, doblando las rodillas, se dejó caer al suelo, inconsciente.

— Esto no me gusta nada —reprendió el forajido en jefe a sus hombres—. Un tipo como este, sin más que sus manos, ha dejado a dos de vosotros fuera de combate. Espero que la cosa no se repita. No me agradaría tener que imponer sanciones. ¡Y en mi código no hay más que una clase de castigo! No lo olvidéis.

Luego se volvió hacia Kim:

— Señora, le ruego encarecidamente me dispense por el trato tan incorrecto a que ha sido sometida por uno de mis hombres.

— No tiene que excusarse para nada, señor asesino —contestó ella orgullosamente —. Estamos en sus manos. Eso es todo.

El hombre se inclinó profundamente.

— Celebro mucho su amable comprensión, señora Scudder, y dispenso las duras palabras que me ha dirigido, proferidas en la excitación del momento.

— Acabemos ya de una vez —cortó ella impaciente—. Soy una mujer de negocios y no me gusta perder el tiempo en rodeos.

— Una vez más debo felicitarme por su capacidad... digamos comercial —sonrió el "gangster"—. Y ahora, he aquí lo que llamaremos, por respeto a su sexo, mi proposición. Como usted muy bien ha dicho, es una mujer de negocios. Yo diría de negocio, en singular. Un negocio particularmente lucrativo. Las modas han sido siempre la perdición de los hombres, mejor dicho, de sus carteras. Usted está en condiciones de pagar tres millones.

— ¡Bandido! —gritó ella, reparando en que su defensor se levantaba penosamente, llevándose las manos al sitio golpeado.

— Es una consecuencia ineludible de mi profesión, señora Scudder. Pero como dijo alguien hace muchísimos años... bueno, ¿qué importa lo que dijera? Ésa es su contribución a nuestras finanzas. Entretanto se vendrá con nosotros a Venus. Y sus maniquíes también.

Palideció Kim al oír las palabras.

— ¡No! —gritó una vez más—. ¡Ellas no! Pagaré lo que me pida, fije usted mismo la cifra. Pero no las condene a una vida peor que la misma muerte.

— Lo siento, señora. Los desecadores de pantanos están ansiosos de tener esposa. Viven muy solitariamente y una mujer que les tenga preparada la cena al regreso de su trabajo y les distraiga con su amable charla, es algo por lo que pagarán, como antiguamente se decía, su peso en oro.

— ¡Pero... ! —Kim intentó protestar de nuevo, mas el forajido alzó su mano en seco ademán.

— ¡Bastal Ya he dicho todo lo que tenía que decir —y perdió su amabilidad bruscamente—. No se hable más.

Volvió sus ojos hacia el hombre que acababa de ponerse en pie, y se dirigió hacia él.

— Señor Heaviside, en su elogio diré que es usted un hombre muy valiente, puesto que en defensa de una dama, sin contar con ninguna clase de armas, ha expuesto su vida. No obstante, su gesto ha sido completamente inútil. Y como no quiero perder ya más tiempo, le diré que su rescate ha sido fijado en cinco millones de dólares.

Ernie se echó a reír, procurando soportar el dolor con estoicismo.

— Me valora usted demasiado, amigo. Si me dice de dónde puedo

sacar esa cantidad que para mí es algo tan alejado como la constelación de Orión, se lo agradeceré infinito.

También su interlocutor río, satisfecho:

— No creo que el Gobierno de los Estados Unidos deje que unos desalmados, nosotros, maten a una gloria de las letras, señor Heaviside. Y estoy seguro de que el Gobierno pagará por usted. Aunque pida el doble.

Ernie se encogió de hombros.

— ¡Allá usted! Ésas son cuentas suyas. Pero se echará encima a todos los patrulleros del espacio y no crea que lo pasará muy bien cuando lo cojan. Robo, asesinato, piratería, son crímenes que en todas las edades han tenido una sola pena. No lo olvide.

— Lo sé. Pero esa pena se aplica cuando se prende al culpable. Y a mi todavía no han conseguido cogerme. Lo veo bastante difícil. Dicho lo cual, como ya hemos hablado bastante, regresaremos inmediatamente al "Luz del Sistema". Nos lo llevaremos con nosotros. El cargamento que lleva no es de despreciar —y el bandido concluyó—: Aquellos que se vienen con nosotros les recomiendo una cosa. En cuanto entren en la espacionave, átense con cuidado, pues no habrá prevenciones de despegue. De no hacerlo así se exponen a convertirse en papilla, por culpa de la aceleración.

Ninguno de los secuestrados protestó cuando fueron empujados hacia el aparato. Antes al contrario, procuraron obedecer las órdenes recibidas, atándose con frenesí a las literas antichoques. La cosa no era para tomarla a broma.

CAPÍTULO V

Era un hombre fuera de sí el que entró en el despacho, y la persona que estaba sentada detrás de la mesa alzó la cabeza con gesto de disgusto al ver a Val Scudder que, pálido, cerrados los puños, se le acercaba con muy pocas contemplaciones.

— ¿Qué le trae por aquí, Val?

— Escuche, señor...

Éste alzó la mano en prohibitivo ademán:

— ¡Chitsss...! ¡Por favor, se lo ruego! Nada de nombres. Y además, no alce tanto la voz. No es conveniente... para ninguno de los dos.

— Está bien —admitió Scudder de mala gana—. Solamente vengo a decirle que han hecho conmigo una mala faena.

— No sé a qué se refiere, Scudder —dijo el otro, simulando ignorancia.

— No se haga el tonto, jefe. Usted: sabe tan bien como yo qué es lo que me trae por aquí. ¿Por qué han tenido que secuestrar a mi esposa? ¿Es que no tenían bastante con los otros ricachos y la carga? ¿Qué más podía darles tres millones encima de los que ya tendrán? No nos moriremos de pobres, digo yo, ¿eh?

— Tienes razón —dijo el hombre sentado, con paternal acento—. Ha sido un error por nuestra parte, Scudder. Realmente la ambición nos ciega a veces. Daré órdenes...

— Démelas a mí de su puño y letra, jefe. Así estaré más seguro.

— ¡Hum! Eso de escribir no me gusta, Scudder. Lo haré yo en persona.

— No me fío. Quiero a mi mujer y usted lo sabe, patrón. Y los dos nos conocemos lo suficiente para saber que sin algo que nos sujete el uno al otro, no haremos nada. De modo que, ¡déme esa orden por escrito! saldré en la primera astronave para Venus. He sido un sinvergüenza con Kim, pero ya pasa de la raya.

— ¿Kim? ¿Y qué te importa ella a ti, Scudder?

— ¿Dice que qué me importa? —rugió éste, enrojeciendo—. ¿Es que no sabe usted cuáles son mis sentimientos hacia ella? ¿Ignora que se trata de mi esposa?

— ¿Tu esposa? ¡No digas cosas raras, Scudder!

Demasiado sabemos todos la burda trampa de que la hiciste objeto. Agradece que no se lo hayamos dicho para que pudieras disfrutar tranquilamente de su fortuna. Menos mal que ella es lista y te conoció a los pocos meses de... "casados" —subrayó esta palabra.

— Es igual —farfulló Scudder bastante molesto—. Entre nosotros, con

o sin trampa, ha sido considerada como tal y, en pago a mis servicios, exijo que se me conceda lo que pido.

— Está bien, Scudder. No hay por qué negarte una petición tan justa. Enviaremos a nuestra central en Venustown una orden mía, por fotostato. Cifrada, naturalmente, No hay que correr riesgos. ¿Te parece bien así?

Val Scudder asintió de mala gana.

— No me queda otro remedio. Pero iré yo en el próximo cohete. No quiero correr ningún riesgo y quiero comprobarlo por mí mismo.

— ¡Excelente idea! De Paso te encargaré de una misión. Escucha ...

Cuando terminó de hablar el que Scudder llamaba jefe, aquél hizo un gesto significativo, frotándose el pulgar y el índice.

— Ando un poco escaso de fondos...

— ¿Cuándo has tenido cinco dólares tuyos, Scuder? —río el otro, echando mano a un talonario de cheques y escribiendo en él unas líneas, tras lo cual firmó. Le entregó el rectángulo—. Toma. Tienes más que suficiente para el viaje y para las gestiones que te he encomendado. Pero recuerda que andas entrampado con la Sociedad.

— Demasiado lo sé —gruñó Scudder—. He sido el que más he trabajado y el peor pagado de todos.

— No digas cosas raras, Boggles ha hecho cien veces más que tú, sin hablar de Kramm, que es el que manda nuestra nave pirata y se juega el físico, y no han recibido, ni con mucho, las recompensas que tú te has llevado y que has .dilapidado de cualquier forma.

— Bien, dejemos esto ahora. Lo importante es que envíe el fotostato cuando antes a Venustown. Por lo menos que cuando yo llegue ya esté ella en libertad.

— Lo estará. Te lo aseguro —murmuró el jefe, poniéndose melodramáticamente la mano en el pecho.

Pero Kim Scudder se encontraba a muchos miles de kilómetros de distancia de allí, en relativa libertad. Toda la libertad de que podía disfrutar en la cámara de pasajeros del "Luz del Sistema", apenas desatados de las literas, y su primer impulso fue acercarse a Ernie Heaviside, que tenía un pañuelo mojado en la parte afectada por el

golpe.

— Señor Heaviside —dijo ella, al cabo de un momento de vacilación.

Éste alzó sus ojos.

— ¡Hola, señora scudder! Perdóneme que no me ponga en pie —se hallaba sentado al borde de la litera—. Pero ese estacazo que me dieron me ha dejado las piernas de mantequilla.

— Lo comprendo. No se preocupo por mí —dijo ella suavemente—. Únicamente quería expresarla mí agradecimiento por su noble gesto de antes.

—No tiene importancia —murmuró Ernie—. Supongo que esa debe ser la reacción lógica de un poeta. Un caballero, vamos, aunque está mal que yo me elogie a mí mismo. La verdad es que fue un impulso irrefrenable.

— Lo siento. Pero el resultado ha sido el mismo. Todos vamos con rumbo desconocido hasta que accedamos a las peticiones de estos bandidos.

— Si, y lo que no sé es por qué se suponen que un escritor ha de poder conseguir cinco millones de dólares. ¡El Gobierno...! Se pasarán años antes de que el Congreso acuerde el crédito necesario. Esto suponiendo que me consideren como una gloria digna de ser rescatada.

— ¡Señor Heaviside! —se asombró Kim—. Usted lo es. Desde el siglo XVI no ha habido otro poeta como usted.

— ¡Bah! Fantasías de la propaganda. Shakespeare y Lope de Vega, en su época, vivían como magnates comparados conmigo. ¿Quiere usted creer que he tenido que pedirle dinero adelantado a mi editor para poder hacer este viaje?

Kim iba a continuar hablando, pero en aquel momento la interrumpieron. El altavoz:

— ¡Atención todos! Disponen de dos minutos para sujetarse en sus literas. Vamos a decelerar para llegar a la estación sideral de partida definitiva. Y durante la parada que nadie se mueva, o nos veremos obligados a disparar contra él.

Súbitamente Ernie tuvo una idea. Tomó a Kim por el brazo, mirándola a los ojos al mismo tiempo que le decía:

— Señora Scudder, usted es decidida. ¿Haría algo por librarse de estos bandidos?

Centellearon los ojos de la mujer:

— ¿De qué se trata?

Antes de contestarle, Ernie miró en su alrededor, no viendo otra cosa que gente ocupada en sujetarse a las literas.

— Cuando frene la astronave, no se levante usted. Fínjase enferma. Lo demás corre de mi cuenta.

— ¿Qué piensa hacer? —inquirió ella ansiosa.

— No se preocupe de mí. Haga lo que le he dicho y tenga confianza.

Apretó ella la mano del hombre que todavía estaba posada en su muñeca y su tono era decidido al responder:

— ¡Así lo haré, señor Heaviside!

Ya estaban sólidamente sujetos, cuando en la pared frontera apareció la luz roja indicadora de que comenzaba la deceleración. Ernie se sintió proyectado hacia adelante, cuando los chorros de gases comenzaron a actuar en sentido opuesto, y notó la dura opresión de las correas. Pero fue solamente un momento. Pasó en seguida, y por uno de los ojos de buey, a través del azulado cuarzo, pudo ver los edificios de la estación desde la que emprenderían el largo viaje hasta Venus, que se acercaban lentamente. No aguardó siquiera a que se

detuviera la astronave. Soltándose las correas, y en medio de la expectación de los otros pasajeros, corrió hacia la puerta y allí manipuló en el contacto del comunicador con la sala de mandos.

— ¡Oiga! ¡Escuche! —gritó—. Vengan pronto, por favor. Hay un pasajero gravemente enfermo.

Ernie notó en su nuca las miradas de extrañeza de quienes estaban a sus espaldas, pero continuó fiel a su papel. Y la respuesta no se hizo esperar:

— ¿Qué ocurre? ¿Quién es el enfermo?

— No es enfermo, sino enferma. Es la señora Scudder.

— Y usted, ¿quién es?

— Ernie Heaviside. Y por lo poco que sé, la señora Scudder tiene un ataque de apendicitis. De modo que apresúrense, si no quieren perderse tres millones de dólares.

Sonaron al otro lado unos gruñidos y maldiciones, y Ernie se volvió al lecho de la. supuesta paciente, que desempeñando hábilmente su papel, rodeada por sus muchachas, parecía contener los fuertes dolores de que estaba aquejada. Ernie la miró por encima y le guiñó el ojo, sonriente, a lo que ella hizo un imperceptible movimiento de párpados, asintiendo. y en aquel momento se abrió la puerta de acceso, por la que entraron cuatro hombres, de los que dos se dirigieron al lecho, en tanto que una pareja armada se quedaba en la entrada, vigilando cuidadosamente a los pasajeros robados.

Ernie se dio cuenta de que entre los que avanzaban hacia él no se hallaba el jefe. Sin duda se encontraba dirigiendo la maniobra de atraque, pero para su fin le era igual. Se echó a un lado cuando aquellos dos hombres se acercaron, irrumpiendo en el. circulo y uno de ellos, con gesto profesional, tomó la muñeca de la mujer.

— ¡Vaya! —murmuró Ernie irónicamente—. No descuidan detalle estos bandidos. Tienen su médico. ¿Enfermeras también?

— ¡Cállese! —dijo con aspereza el interpelado, dirigiéndose a Kim—. ¿Por qué no se hizo operar, como es obligación, antes de emprender el viaje espacial? .

— Yo... yo... —empezó a decir ella, fijando sus ojos en el hombre que estaba detrás de los dos forajidos, pero en el mismo momento el poeta

entró en acción.

El filo de su mano cayó sobre la nuca del médico, que a su vez, y sin decir palabra cayó sobre la litera en que reposaba Kím, la que sin vacilar, sin el menor empacho, se apoderó de la pistola que llevaba el médico en el cinturón.

El otro bandido lanzó un juramento, echándose mano a su arma, pero no concluyó el movimiento, porque un tremendo puntapié en el bajo vientre lo derribó en medio de una serie de impresionantes alaridos de dolor que concluyeron cuando otro golpe análogo, conectado con su maxilar, le hizo perder el conocimiento.

Hubo un momento de sorpresa entre los dos hombres que estaban de guardia, que, alarmados, echaron mano a sus rifles, sin atreverse, no obstante, a disparar, por miedo a herir a las mujeres, ya que en medio de ellos estaba el autor del desaguisado, quien, tomando la pistola del médico que le alargaba Kim, la enfiló hacia los bandidos, disparando sin ninguna contemplación y derribándolos antes de que tuvieran tiempo de darse cuenta de que alguien habla conseguido sublevarse.

— ¡Cojan sus armas! —ordenó Ernie, y su voz se impuso a los cuatro o cinco hombres que, paralizados, habían visto en un segundo desarrollarse aquella inesperada acción que había costado ya cuatro bajas al enemigo. Y no tardaron en obedecer y aun en pelearse por la posesión de los rifles y de las municiones de los muertos, hasta que el poeta, que había tomado el mando de la sublevación, les ordenó:

— ¡Quédense aquí y protejan esto! Yo iré a ver si consigo apoderarme del mando de la nave.

Salió de la cámara, pistola en mano, empezando a descender la escalerilla de caracol que daba al amplio pasillo con dos direcciones: una a la sala de máquinas y otro al puesto de pilotaje. Miró en ambas direcciones y le extrañó no ver a nadie de momento, pero no tuvo que aguardar mucho. Las detonaciones habían sido escuchadas y tres o cuatro hombres, armados, a cuyo frente iba su jefe, corrían hacia él.

Dio un salto hacia atrás, guareciéndose tras el eje de la escalera y apuntó cuidadosamente. Mas en el mismo momento en que apretaba el gatillo, como si Kramm hubiera previsto lo que iba a suceder, dio un salto lateral y la bala disparada fue a clavarse en el pecho del hombre que iba detrás, quien cayó hacia delante con un grito de agonía en los labios.

Le respondieron tres o cuatro proyectiles que gimieron lúgubremente

al chocar contra el metal, e incluso uno de ellos le rozó el brazo, quemándoselo, pero volviendo a disparar derribó otro bandido.

Sin embargo, Ernie comprendió que aquella situación no podía prolongarse mucho. No tenía abundancia de municiones y a la larga acabaría por ser vencido. Y en tanto que procuraba contener a los dos que quedaban, disparando de vez en cuando, su cerebro trabajó a la desesperada, buscando una solución para salir de aquel atasco.

La halló. Disparó todos los cartuchos de su pistola en rápida sucesión, y luego arrojó el arma vacía, que rechinó con metálico sonido contra el suelo, en tanto que él ascendía rápidamente por la escalera, como si tratara de huir.

Oyó a sus espaldas los gritos de alegría de sus perseguidores, que creían haberlo vencido definitivamente, pero en lugar de entrar del todo, se guareció en el umbral de la puerta, al mismo tiempo que arrebataba el rifle de las manos de uno de los secuestrados, aguardando el momento en que los dos bandidos se le acercaran.

Una cara apareció en la puerta. Ernie comprendió que el jefe era un tipo astuto, al enviar al otro por delante, pero no se entretuvo en reflexionar mucho. La culata de su rifle se estampó contra la cara que desapareció al instante, bañada en sangre, en medio de las ondas conmovidas por el aullido de dolor, y acto seguido sintió el característico ruido del cuerpo que caía por la escalera.

Una, dos, tres detonaciones rápidas se escucharon, y tres proyectiles, silbando ominosamente, penetraron en la cámara, provocando gritos de horror de las aterrorizadas mujeres pero Ernie, pegado con la espalda a la puerta, no quiso contestar. Un silencio súbito se hizo, y duró unos momentos, hasta que fue roto por una voz:

— ¡Escuche, Heaviside! No sea tonto y entréguese. No sacará nada en limpio, si no es la muerte de todos ustedes. Admito que es un valiente y que me ha causado bastantes bajas, pero su fin será el mismo.

Ernie se echó a reír sonoramente.

— Está usted clavado, amigo. Sus hombres, los que le queden, están en este momento en la estación sideral, disponiendo lo necesario para reanudar la marcha. Y usted no se puede mover de aquí, porque en cuanto lo haga lo freiré yo a tiros.

Hubo una pausa. Al fin le contestaron

— Bien. Parece ser que, por el momento, la cosa está en tablas. Pero solamente por el momento, porque mis hombres no podrán tardar en venir y ¿sabe lo que haremos?

— Diga —contestó simplemente Ernie.

— Nosotros tenemos que proseguir nuestro viaje, quiéranlo o no lo quieran ustedes. Verálo0 que ocurre cuando empecemos a acelerar. Aunque también tenemos otros medios tan buenos como el anterior para reducirlos a ustedes.

— ¿Por ejemplo?

— Hacer el vacío en la cámara. No tendrán aire para respirar. También podemos hacer descender la temperatura, aumentando el funcionamiento de refrigerador. Un par de horas a treinta o cuarenta bajo cero no serán otra cosa que un medio muy bueno para hacerles desistir de su inútil motín.

La voz del jefe de los bandidos penetraba con toda claridad en el interior de la cámara. Y alguien se anticipó a contestar:

— Yo quiero entregarme Pagaré lo que me pidan. No quiero morir.

Y William Clarke, pues de él se trataba, avanzó unos pasos, dispuesto a salir, pero la fuerte mano del poeta lo detuvo.

¡Quieto, imbécil! ¿No ve usted que se trata de un truco solamente? ¿Cómo comprende que nos va a dejar morir? Sería lo mismo que arrojar por la borda un buen montón de millones Y es lo suficientemente astuto para no hacerlo.

— Está usted equivocado, señor Heaviside, si cree que me importan sus vidas lo más mínimo. Aunque, como usted dice, pierda unos cuantos millones, la carga compensa lo suficiente para sacar una buena utilidad a este golpe, y por otra parte, la noticia de la suerte que han corrido ustedes no dejará de extenderse. Será un buen ejemplo para posteriores asaltos.

— ¡Déjeme! —gritó, despavorido, perdido ya el control de si mismo Clarke, luchando a brazo partido con Ernie, pugnando por salir, al mismo tiempo que continuaba con sus voces—: ¡Señor bandido! ¡Soy William Clarke! ¡Yo me rindo! ¡Pagaré lo que usted quiera...!

La desesperación, el pánico Infundía un notable aumento de sus fuerzas a Clarke, por lo que Ernie se veía apurado para contenerlo, y

en aquel mismo momento el rostro del "gangster", y a continuación su cuerpo, aparecieron en la puerta.

El poeta se dio cuenta de que en la mano del forajido había una pistola. Él tenía su rifle sujeto por las de Clarke, sin que pudiera hacer nada por defenderse, por lo que, en un supremo esfuerzo, arrojó a éste hacia el bandido, en el mismo momento en que una bala salía de la pistola que empuñaba.

El proyectil entró por la espalda de Clarke, que se arqueó hacia atrás, convulsivamente, al mismo tiempo que un alarido salía de sus labios, que palidecieron instantáneamente. Giró sobre sí mismo, permaneciendo luego un instante en pie, un momento que se hizo dramáticamente largo, y en seguida cayó al suelo.

El bandido aprovechó la ocasión. Hubiera podido disparar sobre Ernie, pero éste tenía razón. No le convenía, por lo que, en un santiamén, y antes de que pudieran obstaculizarle la acción, cerró la puerta de acceso a la cámara, en la cual resonó con acentos triunfales su risa estruendosa.

Ernie miró al quieto Clarke, cuyo rostro ya habla tomado el tono ceniciento de la muerte, y, arrojando a un lado el ya inútil rifle, inclinada la cabeza, se dirigió hacia su litera, en la que se sentó, desalentado.

Alguien se le acercó. Kim, que le cogió una mano.

— ¡No sea pesimista, señor Heaviside! Usted hizo lo que pudo.

La miró Ernie, sonriendo débilmente.

— Sí, que fue bien poco. Únicamente matar unos cuantos bandidos, amén de conseguir la desgracia del señor Clarke.

— Él tuvo la culpa —replicó ella adustamente. Si le hubiera hecho caso, todavía estaría vivo.

— De todas formas no estamos peor de lo que estábamos, y contamos con dos rifles y una pistola. Algo es algo.

Pero en aquel momento sonó de nuevo el altavoz:

— Atención, vamos a partir. Sujétense a las literas. Y dénse prisa.

Aquello hizo reaccionar a Ernie, que se levantó de un salto,

dirigiéndose a los hombres:

— Ayúdenme a sujetar a los muertos y a los heridos. ¡Pronto!

Lo hicieron con el tiempo justo, porque todavía se estaba atando cuando sintió que su cuerpo se hundía en la blandura ele los muelles amortiguadores, al mismo tiempo que notaba el lejano rugido de los chorros de energía que ya Impulsaban a la astronave hacia su destino definitivo.

CAPÍTULO VI

Veinticuatro horas más tarde, Ernie Heaviside se acercaba .al comunicador y, después de conectarlo, murmuró:

— Quiero hablar con el jefe de la astronave.

— Un momento. Vamos a despertarle.

Ernie se quedó de pie, al lado de la puerta, mirando con sombríos ojos el panorama que se le ofrecía. No tenía otro remedio que rendirse. El pavoroso espectro del hambre comenzaba a hacer su aparición y, aunque él hubiera podido resistir más tiempo, el espectáculo de las muchachas le había decidido a dar aquel paso. Por otra parte, tenían tres muertos. que ya empezaban a descomponerse. No; no era posible resistir ni un minuto más. Se había visto obligado a ello, muy a su pesar, y prestó atención cuando alguien habló por el comunicador.

— Señor Heaviside, le felicito por su sensata decisión. Pero quisiera antes cerciorarme de que no trata de tendernos una nueva celada.

— Si mira usted por la pantalla, verá las armas en el suelo. Nadie se moverá. Téngalo por seguro.

— Eso está mejor, señor Heaviside. No trate de mentir. Tendría que olvidarme de que es usted una gloria universal.

— Yo creo que no lo ha recordado nunca —le respondió Ernie acremente—. Pero. en fin, eso no nos lleva a ningún camino. Vengan cuando quieran y traiga para los demás agua y alimentos. Ellos no tienen ninguna culpa. Fui yo quien les arrastró al motín.

— Loables palabras. Y como usted ha calificado muy acertadamente

de motín lo que ocurrió ayer, es lógico que tenga que imponerles un castigo. Lamento no haber nacido cuatro siglos más atrás. No habría cosa que me gustase más que verle colgar del penol de una verga, suponiendo que en vez de hallarnos a bordo de una espacionave nos encontrásemos sobre la cubierta de un galeón.

— Es usted muy dueño de hacer lo que quiera, señor...

— Kramm. Llámeme Kramm por ahora. En seguida estamos ahí.

Alguien se le acercó corriendo a Ernie.

— ¡Oh, señor Heaviside! ¿Por qué hace usted eso? Ese Kramm es un hombre sin escrúpulos. No se rinda.

Ernie sonrió complacido al ver el suplicante rostro de Kim y la tomó por los hombros.

— No se preocupe por mí, señora Scudder. Soy fuerte y sabré resistir el castigo que quieren imponerme. Pero quiero hacerla saber una cosa y es que por haber perdido el primer "*round*" no debemos dar por zanjada la cuestión. Solamente debernos tener un poco de paciencia.

Se abrió bruscamente la puerta y un golpe de gente armada hasta los dientes entró en la cámara de pasajeros, con Kramm a la cabeza, que se inclinó hasta la pareja.

— Señor Heaviside. Una vez más le felicito por su acertada idea.

— No me haga elogios que considero insultos —le contestó el poeta de mala gana—. Dé las gracias a que el extractor de residuos no es lo suficientemente grande como para permitir el paso de un cadáver. De lo contrario hubiera buscado el medio de hacerles entrar a ustedes en razón.

— Es una cosa que dudo mucho, pero que ya no puedo discutirse. Ni tan siquiera en hipótesis. ¡Cogedle! —ordenó Kramm, y al momento cuatro manos le sujetaron por los brazos.

Ernie miró fijamente al "gangsters".

— Por ahora ríe usted, Kramm. Procure que la última carcajada no sea la mía.

— Creo que después de lo que le espera no tendrá usted humor ni tan siquiera para sonreír.

— Está bien. Supongo que no me queda otra solución que resignarme. Adelante, pues.

— ¡Lleváoslo a la sala de máquinas! —exclamó Kramm imperativamente, dirIgiéndose a continuación al médico y al otro hombre que había entrado con él y que había sido también atacado por Ernie:— Vosotros dos, venid conmigo también.

No tuvo tiempo Ernie de volver la vista atrás, Se sintió empujado con muy malos modos y descendió apresuradamente la escalera, sintiéndose llevado hacia uno de los extremos del pasillo, entrando después todo el grupo en la sala de máquinas, imponente conjunto de tubos e instrumentos, que servían para propulsar el navío por los espacios siderales, y donde se detuvo, cuando los que le llevaban se pararon también al oír la seca orden de Kramm, que no obstante no empezó con él como esperaba, sino con aquellos dos hombres suyos que habían tenido la desgracia de caer prisioneros,

— Sois una pareja de idiotas, sobre todo tu, Schaeffers. ¿A qué idiota de médico se le ocurriría pensar en que uno de los pasajeros podía estar enfermo de apendicitis, cuando es obligatorio presentar el certificado de haberse operado antes de emprender un viaje de esta índole?

— Yo... yo no me di cuenta —balbució Schaefters, palideciendo—. Creí... creí que...

— No me sirven los hombres estúpidos. Pago buenos sueldos, pero los pago para que quienes estén a mis órdenes usen el cerebro para algo más que tener en él dolores de cabeza. Y esto va también para ese otro idiota que está a tu lado.

Calló un momento Kramm, mirándolos de una manera que hizo que los dos desgraciados, presintiendo su suerte, se echaran a temblar ostentosamente. Luego sonrió cruelmente.

— De todas formas es mejor. Así los demás sabrán qué es lo que ocurre cuando alguno de mis hombres no cumple fielmente con su obligación. ¡Arrojadlos por el extractor de residuos!

Si ya el médico y el otro sicario estaban pálidos, al oír la espantosa suerte que les aguardaba sus rostros adquirieron un tono terroso. Incluso el mismo Ernie palideció al escuchar tan bárbara sentencia. Eran dos los hombres que iban a ser arrojados al extractor, dentro del cual había una maquinaria, provista de afiladísimas cuchillas que, girando a una velocidad de cien mil revoluciones por minuto,

reducían en pocas de dichas unidades de tiempo a polvillo impalpable cuantas basuras se arrojaban en su interior, aislado herméticamente del resto de la astronave.

Chillaron los dos hombres aterrorizados ante la espantosa suerte que les aguardaba, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Kramm tenía instaurada entre sus hombres una disciplina demasiado sólida para que no fuera obedecido al momento, y los dos desgraciados fueron arrojados, en medio de sus alaridos de horror, a la reducida cámara circular, cuyas paredes giratorias se veían adornadas de numerosas y afiladísimas cuchillas. Tanto éstas como la misma fuerza centrífuga del más que vertiginoso movimiento de rotación harían que en pocos segundos quedaran reducidos a microscópicos fragmentos.

Se cerró la puerta, acallando con esto los gritos de los dos infelices, y alguien, a un mandato de Kramm, oprimió el botón que ponía en marcha el que en aquella ocasión iba a ser fatídico mecanismo. Cinco largos minutos transcurrieron antes de que Kramm diera por concluido el asunto y cuando lo creyó oportuno, él mismo manejó el botón que abría la compuerta exterior. La cerró a continuación e hizo que el interior del expulsor quedara a la vista de todos limpio, pulido, brillante, como si nada hubiera ocurrido, como si no fuera posible creer que dos hombres hablan encontrado, momentos antes, pavorosa muerte en su interior.

— Esa será su suerte, señor Heavislde —dijo Kramm sonriendo satisfecho—, si insiste en motines. Por la primera vez su castigo va a ser suave, pero creo que escarmentará lo suficiente. ¿Ha oído hablar de lo que era en la antigüedad el castigo de los pulgares?

Palideció Ernie y. a su pesar, no puno evitar el retroceder un paso:

— ¡No hará usted tal! ¡Es un suplicio digno de un pirata!

— ¿Y qué otra cosa soy yo?— contestó aburridamente Kramm—. Ya le he dicho antes que he nacido cinco siglos más tarde de lo que me hubiera gustado nacer. Yo hubiera disfrutado en el puente de una fragata de alto bordo, con veinticuatro cañones en cada banda, saltando al abordaje sobre cualquier nave que se cruzara en mi ruta, y degollando a toda la tripulación. ¡Ah!— el tono de Kramm era ahora melancólico—. Le aseguro que Margan a mi lado hubiera sido un infeliz. Pero bueno, ya hemos hablado bastante.

Ernie no quiso ya hablar, resignándose a lo inevitable. Dejó que le pasaran en torno a sus pulgares unos finos cables, los cuales iban

luego atados a una barra transversal a metro y medio por encima de su cabeza, juntándose luego en el centro en uno sólo, que fue pasado por una de las viguetas de la estructura de la espacionave, en tanto que dos hombres se disponían a tirar de ella.

Kramm se acercó a Ernie, sonriendo sardónicamente:

— El castigo este que va a sufrir tiene un objeto principal. Usted tardará mucho tiempo en poder disponer de sus manos libremente. No sabe lo mal que quedan los pulgares después de unas cuantas horas colgado ahí arriba.

Ernie no se pudo contener:

— Tengo las manos atadas y no le puedo estrangular como sería mi deseo. Pero por lo menos... —juntó los labios y luego los abrió violentamente, lo que hizo que el semblante de Kramm palideciera al recibir el salivazo. Perdió el control de sí mismo y su mano se abatió pesadamente, de revés y de derecho, sobre el rostro de Ernie, uno de cuyos labios comenzó a sangrar, pero logrando un efecto opuesto. Pues el prisionero sonrió desdeñosamente, al mismo tiempo que repetía la anterior suerte, con lo que Kramm perdió los estribos:

— ¡Arriba con él!

Inmediatamente Ernie tuvo que morderse los labios para contener el vivísimo dolor que comenzó en los pulgares y recorriéndole los brazos, le sacudió, tras pasar por las articulaciones de los hombros, todo el cuerpo, cuando sus pies perdieron el contacto con el suelo al violento tirón de los "gangsters".

Inclinó la cabeza cuando oyó la voz de Kramrn, que había recobrado su habitual tono irónico:

— Es usted un hombre de suerte. Si en lugar de hallarse colgado de una vigueta, lo estuviera del penol de una verga, sabría lo que es bueno. Este aparato está inmóvil. Los barcos de vela se movían balanceados por las olas, ¿me comprende? Hasta la vista, amigo. Ya volveré a verle.

Los círculos de dolor comenzaron a envolver el cuerpo de Ernie, en tanto que, por debajo de él, indiferentes unas veces, burlones otras pasaban los miembros de aquella tripulación de piratas. Lo hablan desnudado a zarpazos de cintura para arriba y poco tardó en notarse todo el torso húmedo, empapado en su propio sudor. Las articulaciones comenzaron a doler le, hasta que los brazos se le

acorcharon. .

Antes de que le ocurriera esto, sintió millones de agujas clavársele en toda la piel, hondamente, desde los pulgares a los músculos torácicos. Durante unos minutos fue un hormigueo insoportable, dolorosísimo, que hizo brotar nuevamente sangre de sus labios al mordérselos para evitar lanzar un grito. Pero poco a poco, esta sensación se le fue marchando al mismo tiempo que sentía detenérsele la circulación en las venas de los brazos, los cuales se le convirtieron en dos bloques de hielo, rematados por dos esferillas de fuego inextinguible: los pulgares.

El dolor era insoportable. Ernie trató de olvidarlo concentrando su mente, mas parecía como .si los bandidos, yendo y viniendo por debajo de él, en sus faenas, lo hicieran a propósito y sus acres al par que sarcásticos comentarios le llegaban con toda claridad a sus tímpanos. Procuró pensar, mirando por el ojo de buey que tenía enfrente, a la altura de los pies, y a través del cual se veía un negro telón, salpicado de unos puntitos luminosos. Sonrió amargamente a su pesar,

"El negro espacio silencioso". ¿Qué tenia de silencioso aquel espacio, con las ininterrumpidas conversaciones de los bandidos? De repente lanzó, sin poderse contener, un alarido de dolor. Un latigazo quemante y gélido al mismo tiempo, una serpiente insidiosa le había recorrido todo el cuerpo, y notó una serie de bestiales carcajadas.

Uno de los bandidos, sin duda para divertirse, le había empujado con una de sus manos, haciéndole balancearse hacia adelante y hacia atrás. El movimiento pendular le bañó en un sudor agónico y los restantes dedos de las manos, a su pesar, se le engarabitaron, en un inútil e instintivo movimiento de defensa, al querer asir el cable de que pendía. Sollozó para sus adentros Ernie, haciéndose atroces propósitos de venganza de que jamás se hubiera creído capaz, pero la insensibilidad fue volviendo a medida que el movimiento se iba atenuando. Solamente en los pulgares sentía algo.

Pero de repente un hombre entró en la sala de máquinas. Un hombre con el rostro lívido, descompuesto, con algo en la mano, que Ernie, con los ojos medio velados por sus propias lágrimas no pudo ver con toda claridad, pero que adivinó como un fragmento del mismo cable del que pendía. Kramm avanzó a grandes zancadas, hasta plantarse en jarras delante de él, sin soltar aquel trozo de cable.

— De modo que el famoso Ernie Heaviside, la gloria de las letras

contemporáneas, es ni más ni menos que un agente secreto, ¿eh?

Lo miró con desprecio y, aunque fatigosamente, todavía halló fuerzas para hablar:

— Le suponía a usted un poco más inteligente, Kramm.

— Cierto, cierto. He sido un animal al dejarme engañar tan fácilmente por su inocuo aspecto —bramó este—. Pero de nada le va a servir el escudarse bajo su pacífica apariencia. Y ahora mismo nos va a decir todo lo que sepa.

— ¿Acerca de qué? —se burló Ernie—. ¿Acerca de la métrica en poesía? ¿Quiere una disquisición sobre la rima? ¡No sea idiota, señor Kramm! Demasiado sabe usted cuáles son los móviles de mi viaje.

— Idiota lo he sido. Pero ya no lo seré. Va a hablar usted aunque no lo quiera. Poseo medios pasa desatar las lenguas. Y, por su propio bien, le aconsejo que suelte la suya —exclamó Kramm con ominoso tono.

— Sigo pensando en que es usted el alcaloide de la tontería, Kramm. Si yo fuera su jefe, le mandaba arrojar ahora mismo al espacio por el expulsor de residuos, porque usted no es más que eso: un residuo de la sociedad.

— Conque un residuo, ¿eh? ¡Mire a ver qué le parece eso! —y al mismo tiempo echó hacia atrás su mano, agitando en el aire amenazadoramente el trozo de cable, que silbó siniestramente, para terminar su trágico sonido en un claro chasquido cuando se enroscó en el torso de Ernie, quien apretó las mandíbulas al sentir la corriente eléctrica de dolor que le circuló por todo el cuerpo.

Se le velaron los ojos, pero no a causa de la debilidad, sino por el mismo abundante sudor que se le produjo, y de nuevo se estremeció totalmente al recibir el segundo latigazo.

— ¿Qué le parece mi método para nacer mover las lenguas, Heaviside? —sonrió burlonamente Kramm—. Un poco recalcitrante es la suya, pero concluirá por hablar.

Ernie reunió todas sus fuerzas para ironizar una vez más:

— Sigo pensando en que es usted un idiota enorme. Ya puede seguir golpeando, a menos que se conforme con algún cuento que pueda inventarme. ¿De dónde ha sacado usted esa estupidez de que yo soy un agente secreto? He oído decir barbaridades sobre mi en esta vida,

pero ninguna tan grande.

¡Clack! De nuevo sintió Ernie en sus carnes la mordedura del improvisado látigo, no por ello menos dolorosa y de nuevo se sintió envuelto en oleadas de fuego quemante. Tres o cuatro latigazos se sucedieron rápidamente, haciéndole sentir el calorcillo de la sangre que le corría por la espalda y los costados, pero continuó callado, mordiéndose los labios cada vez que su torso era mordido.

Pareció tomar aliento Kramm, dejando lacio el brazo que sostenía el cable y se acercó un par de pasos al supliciado, diciéndole:

— ¿Todavía no tienes bastante, perro? ¿Quieres morir ahí arriba?

Pero fue él quien lanzó un rugido de cólera, cuando Ernie, reuniendo las escasas fuerzas que .e quedaban, proyectó su pie derecho hacia adelante, haciéndolo chocar contra la mandíbula de Kramm que retrocedió violentamente, abriendo mucho los brazos y sin duda hubiera caído al suelo, de no ser sujetado por uno de sus compinches, los cuales rieron abiertamente. Les había hecho mucha gracia el golpe recibido por su jefe y, aunque le obedecían ciegamente, tanto por la disciplina que les había imbuido, como por las grandes sumas que obtenían en aquella vida de pillaje, no por eso dejaban de alegrarse de que alguien le diera una centésima parte siquiera de lo que se merecía.

Aulló Kramm, y soltó un par de latigazos, dirigidos, no al hombre que semiinconsciente, pendía del techo, sino a los que hablan osado burlarse de él, pero éstos no se hallaban sujetos, por lo que los esquivaron fácilmente, sin dejar por eso de reírse, sobre todo cuando de la boca de Krarnm empezaron a salir algunos hilillos de sangre, lo cual llevó su ira hasta el paroxismo, al borde de la locura Y perdiendo definitivamente el control de sí mismo, golpeó y golpeó repetidas veces aquel inerte cuerpo.

Ernie sintió los primeros de aquella segunda serie de latigazos, pero paulatinamente éstos fueron alejándose. Al menos así se lo pareció a él. Poco a poco, el cable fue golpeando en una masa cada vez más insensible hasta que, con un suspiro, sintiendo que todo cuanto había en su campo visual desaparecía detrás de un velo rojo cada vez más espeso, Ernie inclinó la cabeza sobre el pecho y un compasivo desmayo se apoderó de su espíritu. Movió los labios unos segundos y sobre los chasquidos de los golpes unas palabras se elevaron, dejando sembrado de confusión el cerebro de los bandidos:

— "... volvemos, con paso cadencioso... "

No dijo más, pero Kramm hubiera seguido golpeando aquella inconsciente humanidad, hasta que uno de sus propios hombres detuvo su brazo antes de que el látigo se descargara por enésima vez sobre aquel cuerpo que se mecía suavemente, pendiente de los pulgares:

— ¡Basta ya, jefe! ¡Así lo único que va a conseguir es matarlo! y debe tener en cuenta que son cinco millones de dólares, en los cuales también nosotros tenemos parte y que no estamos dispuestos a perder, así como así, solamente por su capricho.

— Cierto —exclamó otro, avanzando un paso—. Admitimos que ese hombre merecía un castigo, pero ya es demasiado. Ni a un esclavo se le hizo tanto cuatro siglos atrás.

Kramm pareció recobrar la lucidez perdida. Se dio cuenta de que sus hombres tenían razón y de que, por una causa inexplicable, por algo que no podía aclararse a sí mismo, parecían haberle perdido el miedo y comenzaban a rodearle e, inspirando profundamente para recobrar el perdido aliento, miró a la Inerte figura, de la que se escurría la sangre en delgados hilillos y murmuró:

— Llevadlo a la cámara.

Luego se volvió con paso tardo, y los bandidos descolgaron a Ernie, que continuaba con el conocimiento perdido. Y cuando entraron en la cámara donde los pasajeros aguardaban, un grito de horror se elevó sobre todos. Era Kím Scudder quien lo había lanzado.

CAPÍTULO VII

Lágrimas amargas había en los ojos de Kim al ver el espantoso aspecto que presentaba el maltratado cuerpo de Ernie, cuando fue devuelto a la sala de pasajeros. Breve era el tiempo que hacía que le conocía, pero en ese tiempo había concebido un sentimiento de aprecio por el hombre que, desafiando todos los peligros, primero había querido defenderla del ultraje del "gangster" y luego intentado apoderarse del mando de la espacionave, El que no lo consiguiera no había

aminorado en su pecho la gratitud que sentía por quien, antes de conocerle, había pensado se trataba de un hombre de muy distinto aspecto al deportivo en que ella le había visto, un hombre valiente y decidido hasta la temeridad y que, ahora, roto, maltrecho, yacía boca abajo en su litera, con las espaldas convertidas en una pura llaga, inconsciente, a excepción de unos leves movimientos de labios que murmuraban ininteligibles palabras.

Las horas y los días se fueron sucediendo en una exasperante monotonía, sin que en el ánimo de los abatidos pasajeros, entristecidos por su desgracia cupiera el menor rasgo de humor, y durante ese espacio de tiempo, Ernie se fue reponiendo lentamente de las lesiones sufridas, sin que el capitán Kramm volviera a molestarle ya.

No lo consideró necesario, y así lo comentaba con su segundo, Lou Gamblin, a pocas horas de su aterrizaje en Venus.

— No sé quién ha podido aportar esa información. Desde luego que es un idiota de marca. ¿A quién se le ocurre pensar que Heaviside es un agente secreto, contratado por la Transpacial? ¿Crees tú que un poeta es el hombre más adecuado para tal misión?

— Vaya usted a saber, jefe —murmuró el otro pensativo—. A todos los que han enviado los hemos descubierto y liquidado, y por eso no tendría nada de particular que en esta ocasión hubieran buscado a alguien de quien jamás se nos hubiera ocurrido sospechar. Y debe reconocer que el nombre de Heaviside es una pantalla excelente para enmascarar sus intenciones.

— ¡Bah! —murmuró despreciativo Kramm—. ¿Crees que si de verdad hubiera sido un agente secreto hubiera resistido la tortura?

— ¡Allá usted, Jefe! —se encogió de hombros Gamblin—. Eso es cosa suya. Luego no pretenda descargar en nosotros culpas que en ningún modo son nuestras.

—No lo haré, descuida, Gamblin. Y ahora hay que disponer todo para el aterrizaje. No nos queda ya mucho tiempo.

Era cierto. Junto a un ojo de buey se hallaba Ernie, no recuperado totalmente aún, contemplando el fantástico aspecto que ofrecía Venus, cubierto siempre de espesos vapores, que impedían ver lo que había debajo de la perenne capa de nubes, de varias decenas de kilómetros de espesor. Arrojó el humo del cigarrillo, y a continuación tiró éste al suelo cuando notó que alguien, a su espalda, se le acercaba.

— ¡Hola, señora Scudder! ¿Cómo se encuentra?

— Eso mismo le iba yo a preguntar, señor Heaviside.

— Mejor, mucho mejor. Toda mi vida le agradeceré los infinitos cuidados que ha tenido conmigo.

— Es lo menos que podía hacer —sonrió ella deliciosamente—, por el único hombre que trató de aliviar nuestra situación; mejor dicho, de sacarnos de ella.

— ¿Qué importancia puede tener eso? Es lo menos que podía hacer... y ya ve usted Qué lindamente he fracasado —señaló con el pulgar la enorme estera que paulatinamente se iba agrandando a medida que los cien mil kilómetros horarios de velocidad del astrocohete los iban acercando—. Ahí lo tiene usted. Ése es nuestro destino, hasta que paguemos nuestro rescate.

Ella enrojeció, porque no se atrevía a hablar, hasta que al fin, suspirando, se decidió:

— De eso precisamente quería hablarle, señor Heaviside.

— ¿Del rescate? —se extrañó éste.

— Sí —murmuró ella, todavía con los ojos bajos, pudorosamente, antes de hacer la proposición, pero luego los alzó clavándolos en el franco rostro del hombre que la contemplaba fijamente—. Escuche, señor Heaviside. Quisiera ayudarle.

— ¿Cómo? ¿De qué manera?

— Yo... — todavía titubeaba, pero se dijo a si misma que de nada le servirían las vacilaciones—. Yo tengo dinero y podría... podría pagar su rescate...

Ahora el que enrojeció fue él, pero rechazó la proposición inmediatamente.

— No. Nada de eso señora Scudder. No lo admitiré, y, aunque sean un poco presumidas mis palabras, he de decirle que lo de hace un par de semanas no se volverá a repetir más. No les interesa y saben que el Gobierno acabará, tarde o temprano, por pagar. Además, o yo me engaño mucho, o cuando la noticia de nuestro secuestro se extienda, una oleada de críticas caerá sobre los atareados señores que nos gobiernan, a los que, a pesar de nuestra apurada situación, no les

envidio lo mas mínimo. De modo que, agradeciéndoselo infinito, he de dar por rechazada su generosa oferta, con mi sincero agradecimiento.

Las palabras de Ernie fueron suavemente pronunciadas, pero tenían un acento imperativo tal que ella no se atrevió a discutirlas más. Y, aunque hubiera querido, tampoco hubiera podido, pues los altavoces ladraron en aquel momento anunciando el principio de la deceleración.

— No sé dónde van a aterrizar estos tipos —gruñó para sí Ernie, tendiéndose en la Iitera y sujetándose.

Lo supo poco después, cuando la puerta de la cámara, al inmovilizarse el aparato, se abrió.

— ¡Hum! Demasiados gases en la atmósfera. No sé cómo se las arreglarán para vivir aquí —murmuró para su capote Ernie, y echó a andar cuando varios individuos armados, colocados a ambos lados de la puerta, les indicaron que era la hora de salir al exterior.

Hasta que no se halló abajo, no se fijó bien en el espectáculo que era Venus visto desde el suelo. Un calor sofocante, húmedo, se enroscaba al cuerpo, que empezaba a transpirar instantáneamente. La niebla, formada de los espesos vapores que ascendían del suelo continuamente, formaba enormes paquetes que se movían lentamente a impulsos de la escasa brisa que, antes que refrescar, hacia aumentar el calor que se sentía, y solamente entonces se podía divisar el cercano paisaje de agua, plantas propias de la vegetación pantanosa, e inmensos árboles de extrañas formas, desconocidas en la actual época en que vivían, en la Tierra, cuyas copas se perdían en la algodonosa altura.

Pero más que el insólito espectáculo, que le recordaba antiguas fotografías de zonas pantanosas de la Tierra, ya desaparecidas, era el numeroso grupo de hombres que aguardaban al pie del aparato, y de cuyo grupo salían numerosas voces de aprobación o desaprobación, según era el hombre o la mujer que aparecía en la escotilla de salida de la astronave. y Ernie sintió un súbito temblor al pensar en la suerte que podían correr las desgraciadas muchachas de Kim's, si...

El último en descender fue el capitán Kramm, quien se colocó en medio del círculo compuesto de dos mitades: una la de los habitantes de Venus, apenas cubiertos por unos pantalones cortos, aunque luego, según se fijó Ernie, llevaban por el resto del cuerpo, cara y manos inclusive, una finísima malla, seguramente para evitar picaduras de

voraces insectos.

La otra mitad la componían los cautivos, a cuyas espaldas se encontraban los guardianes armados, y cuando todo estuvo dispuesto, Kramm se adelantó hacia los colonos.

— Caballeros, ustedes necesitan hombres que les ayuden en su penosa tarea de desecar pantanos. Yo puedo proporcionárselos durante unos cuantos meses. Seis al menos, y por ese tiempo les cobraré la prima, que vamos a subastar inmediatamente.

Uno de los colonizadores, alto, grueso, apopléjico, se adelantó palpando los bíceps de Ernie que, sin pensarlo más, lo derribó al suelo de un formidable puñetazo, entre las risas y silbidos de los demás concurrentes. El hombrón se levantó, escupiendo sangre y huesos, y se desciñó un cinturón, pero le sujetó Kramm con una mirada y un tono en la voz que no admitían réplicas:

— ¡No! Nadie golpeará a ese hombre… o de lo contrarío me lo llevo al cohete. Pague usted lo que pido y lléveselo, pero como me entere de que le ha tocado al pelo de la ropa, le ataré a laS toberas de la nave. No le agradará asarse con los chorros aI despegar.

— Está bien —gruñó el otro, malhumorado, echando a Ernie una mirada que no presagiaba nada bueno—. ¿Cuánto?

— Cincuenta mil —dijo Kramm, secamente.

— ¡Ladrón! —fue la inmediata respuesta del otro, pero de nuevo volvió a verse en el suelo, cuando Kramm, tomando un rifle de manos de uno de sus hombres, le golpeó con el catión en la cabeza.

— Esta vez no se levantaría ya el desecador —pensó Ernie. Habla percibido claramente el crugido de los huesos del cráneo al recibir el golpe del rifle en plena frente. Y luego Kramm se encaró con el resto de los colonos.

— Ya habéis visto lo que le ocurre al que me insulta. ¿Alguno de vosotros quiere seguir su suerte?

Nadie le contestó, pero no pasaron muchos segundos sin que se destacase alguien del grupo, quien extrajo de una especie de bolsa de goma que llevaba pendiente del hombro un talonario de finísimas hojas metálicas, especiales para evitar su destrucción a causa de la humedad, garabateó en una de ellas unas cifras y firmó a continuación,

— Ese hombre es mío —dijo, arrancando el talón y entregándoselo a Kramm, que sonrió complacido.

— Podrá usted hacerlo efectivo en el "*First National Bank of Venustown*". Por seis meses, ¿no?

— Cierto, señor Lansing. Pasados esos seis meses, vendremos a este mismo punto a recoger al señor Heaviside. Pocos podrán presumir como usted. El día de mañana podrá ufanarse de haber tenido a su servicio a un poeta —dijo, sonriente, satisfecho por el negocio efectuado, el pirata que era el capitán Kramm, y terminó—: Cuídemelo bien, señor Lansing, Son cinco millones de dólares y, de acuerdo con el contrato que luego firmaremos, tendría que indemnizarme usted en esa cantidad, si le ocurriera algún accidente al que desde este momento es su servidor.

— No le pasará nada, descuide —gruñó Lansing, un tanto molesto—. Sé cómo cuidar a mis hombres y hacerles trabajar hasta el máximo, sin que les ocurra nada. Venga conmigo, Heaviside. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Ernie se dio cuenta de que no le quedaba otro remedio que obedecer, pero no quiso marcharse sin hacer antes algo. Se volvió sobre sí mismo y, acercándose a Kim, tomó uva de sus manos entre las suyas:

— Adiós, señora Scudder. Le estoy muy agradecido por sus bondades para conmigo. Confío en volvernos a ver en mejores circunstancias —e inclinándose, hizo un gesto que llenó de confusión a la hermosa mujer y de asombro a los concurrentes. Le besó la mano, en caballeresco gesto, tan gentilmente y de una manera tan sencilla y natural a un tiempo que no hubo quien se atreviera a mofarse de una costumbre que parecía ya desterrada y abolida en el trato social.

— Adiós, señor Heaviside. Le... le... —y Kim no pudo decir nada más, porque un apretado nudo se le formó repentinamente en la garganta y, sin poderlo remediar, tuvo qua dar media vuelta sobre sí misma, para que los espectadores de tan singular escena no la vieran llorar.

— Estoy a su disposición, señor Lansing —dijo Ernie, cuando volvió al lado del colono, murmurando a continuación—: Únicamente quiero advertirle una cosa: voy a la fuerza, yo no he establecido contrato alguno con usted, y a la primera ocasión que tenga, procuraré evadirme. Por otra parte, y aunque usted es mayor de edad para saber cómo obra, quiero advertirle de la grave irresponsabilidad en que incurre al aceptar un obrero para su empresa sin el consentimiento de

éste. Procure, pues, que no me escape, o de lo contrario no pararé hasta enviarle a la penitenciaría de Plutón para el resto de sus días.

Lansing lo miró con benignidad no exenta de simpatía.

— Joven —empezó a decir—, todas esas frases son muy bonitas y, si le hiciera caso, tendría que arrastrarme por el suelo y pedirle perdón inmediatamente. Pero comprenda que una cosa es hacer la ley y otra, muy diferente, es que se cumpla. ¿Quiere decirme quién vendrá a ver si usted es o no obrero libre? ¡Vámonos ya! Estamos perdiendo demasiado tiempo —concluyó ásperamente Lansing, apoyando significativamente la mano en la culata del arma.

Echó Ernie a andar, seguido por el colono, dirigiéndose ambos hacia lo que al primero le pareció un turbio río, a un centenar de metros, semioculto por la niebla, que continuaba moviéndose en fantásticos jirones.

Llegaron con bastantes dificultades y, rodeando muchas veces trozos de arenas movedizas que le indicaba el colono, al borde del agua, cuya otra orilla se perdía a lo lejos, aunque numerosos árboles y trozos de tierra firme, a modo de minúsculas islas, apareciesen frecuentemente en la superficie del tranquilo liquido, movido por una imperceptible corriente, que arrancaba espesas volutas de aquellos vapores de un acre olor al cual ya se había ido acostumbrando. Una embarcación de raro aspecto los aguardaba allí.

Era una especie de canoa, pero fuera le sobresalían unas orugas, sin duda para andar por los terrenos más sólidos que el agua, cuando ésta tenía poco fondo. La propulsión, cuando navegaban, era por turbina que movía una hélice a popa.

— Suba —indicó secamente Lansing.

Obedeció Ernie, mirando en la dirección en que se habían quedado los demás pasajeros secuestrados, pero ya no consiguió ver nada, Los esposos cortinales de la cálida niebla ocultaban ya todo a aquella distancia. Echó a andar la canoa, roncando el motor. Primeramente fueron las cadenas las que, automáticamente, se pusieron en marcha en tanto que rozaron suelo más amenos sólido, pero cesaron de girar en cuanto la quilla flotó libremente. Lansing hizo una observación:

— Tenga cuidado con lo que hay por aquí —dijo, atento al rumbo de la embarcación, sorteando hábilmente los escollos, con un arma al alcance de la mano, pero sin dejar de quitar la vista de encima de Ernie, atento a una posible rebelión de éste.

— ¿Fieras? —preguntó indiferente Ernie.

— Cocodrilos. Cocodrilos gigantes.

— ¡Hum! Yo creía que Venus no tenía ciertas clases de vidas superiores, como son las de los reptiles.

— Y no las había —gruñó Lansing—. No había cocodrilos de ninguna clase cuando los primeros hombres de la Tierra llegaron a este planeta. Y todavía tardaron más de cien años en aparecer.

— ¿Cómo fue eso? —inquirió Ernie interesado.

— Hubo un insigne idiota, uno de los gobernadores de Venustown, que se empeñó en que la ciudad fuera lo más parecida a una de la Tierra, en que él había vivido —aclaró Lansing—. No se le ocurrió otra cosa que crear un Zoo. La idea no era mala —la canoa subió por un montículo, sin refrenar la velocidad, volviendo casi inmediatamente al agua y prosiguiendo normalmente, al igual que Lansing—, pero en cuanto se le ocurrió llenar la sección correspondiente a reptiles, pensaron que lo mejor sería traer los huevos en lugar de los animales vivos, que padecían bastante en el viaje. Los huevos fueron lo único que no sufrieron nada. Lo único que se salvó del golpe que se dio la astronave y del que no se salvó nadie. Cayó en un sitio perdido y, como entonces los medios de comunicación no eran tan fáciles como ahora, y eso que siguen siendo dificilísimos, obvio es decir que con este calor, tan apropiado para ellos, los cocodrilos nacieron y se desarrollaron con increíble rapidez. Pero eso no es todo. Ni siquiera en la Tierra se hubiera podido encontrar un lugar más apropiado para su reproducción, Bueno, el caso es que, en menos de un siglo, esto se ha infestado de saurios. Y eso no es lo malo del caso.

— ¿Qué es, pues, lo malo de todo esto?

— ¡Je! Casi nada —río brevemente Lansing—. Estas selvas son apropiadísimas para ellos, come ya le he dicho. Bien, el caso es que con el transcurso de los años, han logrado desarrollarse hasta alcanzar tamaños increíbles.

Calló Lansing, atento una vez más a la conducción del vehículo anfibio, en tanto que Ernie, convertido en forzado, no dejaba de observarle atentamente para, como había prometido, intentar la evasión en cualquier momento. Pero el colono no apartaba la mano de la culata del arma y lo habla colocado a él a la suficiente distancia para prevenir todos sus movimientos. Era imposible, pues, saltar sobre

Lansing, antes de que éste tuviera tiempo de empuñar la pistola. No le daría tiempo a llegar hasta él. Y a medida que iba transcurriendo el tiempo, se iba alejando del lugar de aterrizaje. Pensó amargamente en que no le iba a quedar otro remedio que resignarse a su dura suerte durante aquellos meses. De conseguir evadirse, ¿cómo iba a resolver aquel problema de la evasión en un lugar en el que no había nada que pudiera servirle para su orientación?

Pero, de repente, un movimiento súbito de la embarcación que se bamboleó peligrosamente, le sacó de sus pensamientos. De no agarrarse fuertemente a la borda, hubiera caído a aquellas aguas casi sólidas. Lansing juró y maldijo, y en el mismo momento sintió un ruido siniestro, al tiempo que un torrente de agua comenzaba a penetrar por uno de los costados de la canoa.

CAPÍTULO VIII

Scudder llegó a Venustown sin ningún contratiempo. Su espacionave no fue atacada por ningún pirata y, en cuanto desembarcó en la capital, maldijo en abundancia al hombre que lo había enviado allí. Claro es que buena parte de su aceptación para la misión que le habían encargado se debla al hecho de que Kim hubiera sido hecha prisionera. De lo contrario lo hubiera enviado de buena gana al cuerno. A pesar de lo que le interesaba la "separación" legal de su mujer, todavía conservaba en el fondo de su podrida alma un sentimiento de lealtad y afecto hacia ella y quería evitar a todo trance el que fuera objeto de una canallada, como temía.

La ciudad era enorme, amplía, sin tener que envidiar en nada a las mejores de la Tierra, demostrando con ello los aciertos de aquel gobernador que tan desconsideradamente fuera tratado por Lansing. Pero en medio de todo aquel esplendor terrícola trasplantado a otro planeta, faltaba algo, algo que hacía que, a los que no estaban acostumbrados a aquella vida, a los que no habían nacido allí, se les hiciera insoportable: el sol.

El Polo era el sitio más apto para la vida, y aunque las nubes estaban constantemente a gran altura, alejadas por las potentes baterías de rayos infrarrojos que constantemente estaban en funcionamiento y que había por todas partes, no dejaba de constituir un hecho curioso el

que fuera siempre la misma línea grísea, plomiza claridad, la que reinaba en Venustown. Pero a Scudder le tenía todo esto sin cuidado. Una vez que salió del astropuerto con su breve equipaje, pidió un coche y apenas montó en él, le dio una dirección al conductor.

No reparó tampoco en las suntuosas avenidas, los elevados y bellos edificios, en nada de eso se fijó. Únicamente quería ver cuanto antes a Kramm, y no tardó mucho en hallarse frente a él. Vivía en un lujoso apartamento de la calle de Europa, y salió a recibirle en persona.

— ¡Caramba! Si es mi buen amigo Scudder. ¿Qué te trae por aquí?

— Demasiado lo sabes, Kramm —gruñó éste y, sin perder el tiempo, se tiró a fondo—: ¿Dónde está mi esposa?

— ¿Tu...? —Kramm soltó una carcajada—. No me hagas reír, Scudder. No nos supongas tan ingenuos como ella.

— Scudder pateó el suelo de mala gana.

— Está bien. Dejémonos ahora de tecnicismos legales. Dime dónde está.

— ¿Qué repentino interés has sentido tú por ella tan de repente? —dijo sarcástico Kramm, encendiendo un aromático cigarrillo.

— Eso me importa a mi solamente, Kramm. Dímelo.

— ¿Para qué, Scudder?

— ¿No has recibido una orden cifrada del jefe por fotostato?

— Sí, pero no le hice mucho caso. Despreciar así como así una serie de millones no me pareció una medida muy prudente. Él puede hacerlo. Está allá, en la Tierra, tan tranquilo, recibiendo plácidamente el fruto de nuestro duro y arriesgado esfuerzo. Mis hombres hubieran protestado de no recibir su parte, ya sabes que llevan un tanto por ciento de cada captura, y yo no lo iba a poner de mi bolsillo —el tono de Kramm era indiferente, pero irónico en el fondo.

Scudder apretó los puños. De buena gana se hubiera arrojado sobre aquel tipo y le hubiera molido a puñetazos, pero no estaba muy seguro de salir triunfante. Kramm era un hombrón en la plenitud de su vigor y él no se había distinguido precisamente por la afición al deporte. Considerando, pues, fríamente Ia cosa, tuvo que acallar sus instintos y, variando de táctica, dijo:

— El jefe me dio un encarguito para ti, Kramm.

— ¿Si? ¿Cuál es? ¿Por qué no me lo dio con el mismo fotostato?

— Lo consideraba demasiado importante para arriesgarse, Kramm.

— Ése... ya me está hartando, Scudder. Nosotros ponemos el peligro y él o ellos se llevan las mejores tajadas, y todavía mandan como si fueran aquellos reyes de la antigüedad. ¿Qué más te ha dicho ese... ? —las dos veces soltó Kramm en lugar del nombre de quien les mandaba, sendos intraducibles insultos.

— ¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!

— ¿Cómo? ¿Qué dices, Scudder? ¿Estás en tu sano juicio? —los ojos de Kramm se entrecerraron amenazadoramente, pero su interlocutor sonreía satisfecho.

— Eso no lo he dicho yo. Lo dijo el jefe. Y tiene esa opinión de ti desde que se te ocurrió secuestrar a Ernie Heaviside.

— Sigo diciendo que ese... no está. en sus cabales. ¿Por qué razón había de dejar suelto a un hombre que vale cinco millones?

— El jefe lo sabe todo eso, pero también dice que el escándalo que se ha formado sobrepasa todo lo que ha habido hasta ahora. Que lo busques donde esté y lo sueltes dándole toda clase de excusas.

— ¡Hum! Lo veo ahora un poco difícil. Pero, ¿por qué me comunicaron en marcha que Heaviside era un agente secreto? —inquirió algo extrañado Kramm.

— Un error. No hay tal. Heaviside es el último hombre de quien se podría sospechar.

— Está bien. Pero me costará cincuenta mil la broma y se los descontaré al jefe de la próxima liquidación. Sus errores no los pago yo. ¿Entendido?

— Me es completamente indiferente. Yo ya he dado por terminada mi misión. Quiero saber ahora dónde está mi esposa... bueno, Kim.

— ¿Y si no lo dijera?

Val Scudder dio un paso hacia delante, cerrando los puños.

— Creo que sería capaz de ahogarte con mis propias manos, Kramm.

— Eres un iluso. ¿Crees que podrías? —y el forajido hizo un alarde de sus músculos, doblando uno de sus poderosos brazos que parecía el aftoso tronco de un olivo.

— Bien. Dejemos esto. Dime dónde se encuentra y no te molestaré más.

— No me molestarás de ninguna manera, Scudder, Ni tampoco te diré el lugar donde escondí a la famosa modista, la dueña de "Kim's". Es una chica muy guapa, de cabeza sólida, que sabe lo que quiere. Y yo estoy tratando de que me quiera a mí, aunque, como es lógico, no te voy a decir en dónde se encuentra. Secreto de estado, ¿comprendes?

Había una mesita baja con botellas y vasos. La conversación debía de haber secado las fauces de Kramm, que se volvió, dando la espalda desdeñosamente a Scudder, quien súbitamente lo vio todo rojo. Perdió la noción del lugar en que se encontraban y, saltando hacia delante, desarrollando el plan que habla concebido en una décima de segundo, echó brutalmente a un lado al fornido Kramm que, sorprendido, estuvo a punto de caer al suelo, contra el que se estrelló la botella de licor que tenía en la mano. Pero se recuperó al momento y, extendiendo las manos, avanzó un paso.

— ¡Perro! —gritó—. ¡Te voy a...!

El resto de la frase quedó cortado bruscamente.

Val Scudder había cogido una de las botellas que había encima de la mesita y, evitando que su contrincante detuviera el golpe con alguno de sus brazos, como parecía deducirse de su intención, obró de una manera inesperada, arrojando el pesado proyectil, que dio de lleno en el amplio rostro de Kramm, con tremendo ruido de cristales rotos y aullidos del pirata, cuya faz quedó instantáneamente bañada en sangre. Pero Scudder no le dejó recuperarse.

Tomó la mesita por dos de sus patas, sin cuidarse de los vasos y botellas que caían al suelo, aumentando el estrépito, y la abatió sobre el cráneo de Kramm, que era duro, pero no tanto como el metal de que estaba construido el pequeño mueble. Crujieron les huesos y, con un ronquido agónico, el bandido, pagando de una vez todos sus crímenes, a manos de uno de sus compinches, cayó hacia delante y su sangre empezó a extenderse en rojiza y siniestra mancha sobre el suelo.

Scudder hubo de apoyarse, jadeante, en el respaldo de un sillón, no creyendo en su buena suerte, que le había hecho triunfar donde

creyera morir. Pero apenas había recobrado el ritmo de la respiración, cuando su cerebro trabajaba frenéticamente pensando el medio de hallar a Kim, unos golpes sonaron en el interior del apartamento.

Los golpes eran repetidos con frecuencia, nerviosamente. Scudder se adentró en el piso, buscando la procedencia de los ruidos, hasta que con una exclamación de alivio, creyó haber dado con la causa.

Los golpes eran dados sobre la parte interna de un armario ropero empotrado en la pared. También le pareció a Scudder escuchar unos apagados gruñidos, pero no hubiera podido asegurarlo. Tiró del pomo del ropero y advirtió que estaba cerrado con llave, por lo que, adivinando dónde estaba ésta, volvió al lado del cadáver de Kramm y empezó a registrarle, procurando dominar su repugnancia, hasta que logró encontrarla.

Hecho esto, volvió al mismo sitio y abrió.

Pero apenas lo habla hecho, cuando una forma humana se le desplomó encima pesadamente y Scudder, sorprendido, estuvo a punto de caer al suelo debajo de ella.

* * *

La canoa, estaba construida de un metal liviano, pero no muy resistente, ya que no tenía que soportar grandes presiones, por lo que apenas el saurio golpeó el costado de la embarcación, cuando por el boquete abierto comenzó a entrar el agua en grandes cantidades, poniendo en peligro la estabilidad del anfibio, que comenzó a escorar.

— ¡Cuidado, Heaviside! —exclamó Lansing alarmadísimo, al mismo tiempo que trataba de llevar la canoa hacia la orilla, donde continuaría caminando con las orugas.

Pero no lo consiguió. Sin duda, habían molestado el pacífico descanso de algún cocodrilo gigante y éste se había sentido ofendido, golpeando con su cola el costado del vehículo. No obstante, no había quedado solamente en esto, sino que el animal creyó ver en aquel extraño artefacto un enemigo en potencia y arremetió contra él.

Si, mientras que Landing le explicaba la forma en que los saurios se reprodujeron en aquel planeta, Ernie había creído que aquél pecaba de

exagerado, ahora se convenció de que en todo caso se había quedado corto el colono. Pues aquel animal, más que un reptil, parecía una visión de pesadilla.

Del hocico a la cola media ocho metros cumplidos y tendría muy bien uno de espesor en la parte más gruesa de su cuerpo, en tanto que la enorme cola batía el agua furiosamente, levantando nubes de amarillenta y mefítica espuma. Sin embargo, el espanto que aquel animal Infundía no radicaba en la cola, con todo y ser capaz de quebrar la espina dorsal a un buey de un solo golpe, sino en la gigantesca boca, amada de innumerables dientes, cuya sola contemplación ponía hielos de pánico en el ánimo del más templado.

El cocodrilo arremetió contra la canoa, cerrando las mandíbulas sobre la borda, que rechinó ominosamente, al mismo tiempo que resonaba el estallido de una detonación cuando Lansing hizo su primer disparo, disparo que resultó totalmente ineficaz, porque el brusco bandazo que diera la embarcación dificultó su puntería y el proyectil blindado no hizo otra cosa que resbalar inofensivamente sobre el dorso del reptil, del que únicamente arrancó un puñado de escamas que volaron por el aire durante un segundo.

Lansing comprendió el gravísimo peligro en que se hallaban y pisó el acelerador a fondo. Apenas lo había hecho cuando se oyó un siniestro ruido, un seco chasquido y el colono palideció hasta convertirse su rostro en una máscara de ceniza.

— ¡La cola del saurio se ha enredado en la hélice y el árbol se ha roto! —exclamó, mirando luego hacia el fondo de la nave que cada vez iba siendo sumergido más por el agua que continuaba entrando por el boquete abierto por la primera embestida del monstruo.

Éste no le dejó tiempo a reaccionar. El destrozo sufrido en el medio de propulsión de la canoa no había sido sin grave daño en su cola, uno de cuyos trozos había sido seccionado limpiamente, por lo que el animal se revolvió furiosamente en todas direcciones acometiendo al vehículo que él creía era un animal enemigo suyo, en tanto que continuaban estallando las detonaciones del revólver de Lansing, que iba perdiendo poco a poco el control de sí mismo.

Bruscamente, el saurio cesó en sus ataques. Desapareció bajo el agua y Lansing; inquieto, miró en torno suyo, sin ver nada. El nivel de la embarcación iba descendiendo lenta, pero seguramente, y las orugas no tocaban todavía tierra firme en la que tomar apoyo, por lo que era evidente que, antes de muy poco tiempo, los dos ocupantes se verían

obligados a nadar, a cuyo solo pensamiento se erizaron los cabellos de Ernie.

Pero de repente la navecilla sufrió un fuerte, un tremendo golpe. El cocodrilo había atacado de nuevo, de abajo arriba, con tan tremenda fuerza que casi salió la quilla fuera del agua, permaneciendo en esta posición un segundo, cayendo hacia un lado a continuación, medio volcada.

Ernie fue despedido hacia atrás y, aunque su cabeza chocó contra algo duro no sintió mayor daño. Pudo soportarlo. Pero desde la misma posición en que se hallaba presenció algo que le heló la sangre en las venas.

Lansing no había sido tan afortunado como él y, soltando el arma, que cayó dentro de la embarcación, fue proyectado de cabeza al agua, en la que desapareció, para resurgir un instante después, nadando furiosamente hacia el más que precario refugio que era la canoa.

— ¡Ayúdeme, por favor! —gritó desesperado, con los ojos fuera de sus órbitas.

Ni por un solo momento se le ocurrió a Ernie el esquivar aquella petición de auxilio. No pensó en que aquel hombre estaba dispuesto, cinco minutos antes, a conservarlo como un esclavo durante medio año. No pensó en que Lansing podía disponer de él como su amo y señor. Ninguno de esos pensamientos cruzó por su mente y lo único que vio ante si fue un hombre que pedía desesperadamente socorro.

Apoyó uno de sus pies en la borda, al mismo tiempo que asía a Lansing por las muñecas con ánimo de izarlo instantáneamente, pero en el mismo momento ocurrió lo que temía.

La boca del colono se abrió enormemente. De su garganta salió un grito infrahumano, un alarido que estremeció la pesada niebla, un grito que se le clavó a Ernie en los tímpanos, un sonido estremecedor, escalofriante, al mismo tiempo que otro ruido, distinto, pero claramente perceptible, impresionaba con sus notas los oídos de Ernie, quien palideció al comprender lo que estaba ocurriendo.

El rostro de Lansing sufrió una notabilísima mutación. Adquirió un tono sucio, terroso, cuando la sangre le huyó de los vasos superficiales, y Ernie notó que los desnudos brazos del desecador de pantanos adquirían también el mismo color y que perdían todo el calor humano al ser invadidos por un gélido soplo de muerte.

Medio cuerpo del saurio salló fuera del agua, y en el breve espacio de tiempo que duró la espantosa escena, Ernie percibió, con toda claridad, un horrible despojo sangriento asomando por la cerrada boca del cocodrilo.

Pero salió de su asombro cuando de repente se dio cuenta de que Lansing le miraba con ojos muy abiertos, mas sin embargo vidriados, sin expresión alguna. Y luego, de repente, su cabeza se dobló por el pecho, que había cesado de palpitar.

Solamente entonces se dio cuenta Ernie de que sostenía únicamente medio cuerpo del colono. El resto había sido devorado en un santiamén por el reptil que, insatisfecho, encolerizado todavía, cargaba de nuevo sobre la canoa.

Ernie abrió sus manos y los despojos de Lansing cayeron al agua, chapoteando lúgubremente. Vio que el monstruo se le echaba encima y no dudó que, solamente con el choque, tendría más que suficiente para concluir de destrozar la canoa. Y entonces el fin que le aguardaba no podría ser otro que el del infortunado Lansing.

En el crítico instante, Ernie se dio cuenta de algo. La pistola del colono venusino que habla caldo sobre el asiento de la conducción.

Se arrojó sobre ella, empuñándola frenéticamente. Se alegró de que fuera de gran carga y de proyectiles de gran calibre. Y en el momento en que el cocodrilo, abriendo por segunda vez aquella enorme bocaza, se arrojaba sobre la cada vez más hundida canoa, apretó el gatillo.

Las pesadas balas, una tras otra, penetraron por la garganta del saurio hasta sus centros vitales. Ernie disparó y disparó hasta que agotó totalmente la carga del arma, y pudo darse cuenta de que habla herido mortalmente al espantoso animal, que se agitaba ferozmente, dando tremendos y espasmódicos saltos sobre sí mismo, revolucionando las tranquilas aguas que saltaban a gran altura al ser despedidas por los coletazos de la agonía.

Ernie respiró. Vio que había pasado todo el peligro, al menos por el momento, y, mirando a sus pies, se dio cuenta de que el nivel del agua habla subido peligrosamente. Vio que la orilla no estaba lejos y que le sería fácil llegar hasta ella. No parecían divisarse más saurios por los alrededores.

Pero en el mismo momento en que se disponía a arrojarse al agua, la embarcación sumó un tremendo bandazo y Ernie salió proyectado, a su pesar, hacia delante. Chocó su frente con algo duro y la noche se

hizo en su cerebro.

Por tanto no pudo darse cuenta de que, si bien el árbol de la hélice había saltado, las cadenas orugas estaban intactas y que nadie había parado el motor del anfibio, por lo que, automáticamente, cuando descendió el nivel de éste al entrar el agua por la brecha, habían tomado contacto con el fondo fangoso del pantano y se hablan puesto por si solas en marcha, sorprendiendo a Emie, que había sido derribado.

La pérdida del conocimiento que sufrió le impidió también ver que el vehículo remontaba fácilmente la tierra firme y continuaba caminando, hasta que un árbol, que resistió perfectamente todos los esfuerzos, se le interpuso, deteniéndolo en seco.

CAPÍTULO IX

— ¡Santo Cielo! —exclamó Val Scudder, atónito, estupefacto, cuando reconoció a la persona que, cayendo sobre él, había estado a punto de derribarlo. Y luego se aplicó a quitar la mordaza que cubría la boca de Kim, así como a quitarle las ligaduras que la sujetaban. Hecho esto la tomó en volandas y la llevó a la habitación inmediata y le frotó muñecas y tobillos con objeto de restablecer la circulación de la sangre, paralizada por el largo tiempo que había durado el suplicio.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó al cabo de un buen rato, durante el cual la aterrorizada Kim no había tenido siquiera ánimos para hablar —. ¿Quién te trajo a este sitio?

Ella consiguió incorporarse sobre un codo y miró fijamente al que todavía creía era su marido.

— Y tú, ¿cuál es tu papel? ¿Por qué habías de venir a ver a ese criminal? —los hermosos ojos grises de Kim expresaban claramente el reproche que le hacía, a lo que el hombre no pudo por menos de sentirse avergonzado, bajando la cabeza. Luego, con voz entrecortada, le explicó todo, sin omitirle nada. Ni siquiera el burdo fraude de que la hiciera años atrás, al simular, con la colaboración de sus compinches, un inexistente matrimonio, ante lo cual los ojos de Kim, ya abiertos a medida de que se iba enterando del cúmulo de

indignidades que habla cometido Val, todavía se desorbitaron más y más, encendiéndose su bellísimo rostro en llamaradas de rabia, indignación y dolor, al saber el burdo engaño de que ella había sido la principal víctima.

— Estoy dispuesto a reparar todo el mal que te hice, Kim. Dime qué es lo que puedo hacer para ello —murmuró, contrito, Scudder.

— ¿Dónde está Ernie Heaviside? —fue la primera pregunta que formuló ella.

— ¿Le amas? —en el tono ansioso de la palabras de la mujer había comprendido claramente cuáles eran los sentimientos de ella, y al verse descubierta, enrojeció de nuevo.

— Eso no te importa, Val. Lo único que quiero saber es qué ha sido de ese hombre, el único que se ha portado bien conmigo.

— No lo sé —contestó abatido Val—. Vine aquí con órdenes de hacer que lo liberasen, pero maté a Kramm antes de que me dijera dónde está. De todas formas, no me arrepiento. Era un mal bicho y aunque solamente fuera por lo que pretendía hacer contigo...

— Me tuvo mucho tiempo encerrada y maltratada, para doblegarme a sus insanos deseos —murmuró ella, evocando horrores pasados—, pero no consiguió nada de mí. Ni cuando empleó tonos amables, ni cuando empleó el tratamiento que él llamaba de "ablandamiento". Afortunadamente, viniste tú. Ya llevaba unas cuantas horas atada, y en cuanto notó que llamaban a la puerta me amordazó y me encerró en el ropero.

— Bien —contestó Scudder, levantándose—. De todas formas, yo sé en dónde se reúnen los miembros de la tripulación de piratas. Allí estará Gamblin y ese sí que tiene que saber el paradero de Heaviside.

Ella puso la mano en el hombro de Val.

— Si haces eso, no solamente olvidaré todos los sufrimientos que me has causado, sino que te estaré eternamente agradecida.

— ¿Le... le quieres mucho? —inquirió débilmente Scudder.

Ella no contestó, pero su gesto indicaba claramente cuáles eran sus sentimientos hacia el poeta, y levantándose inició la acción de dirigirse hacia la puerta, deteniéndose súbitamente al ver el cadáver de Kramm, pero él la tomó de un brazo, haciéndole dar un rodeo.

— No mires —dijo, y ya estaban llegando junto a la salida, cuando de repente alguien llamó.

— Aquí —dijo Scudder en voz baja, arrastrándola junto a él y colocándose detrás de la puerta que, el visitante impaciente, se había decidido a abrir.

Lou Gamblin entró, mas apenas había dado dos pasos, cuando se fijó en el espectáculo que ofrecía su capitán, tendido Inerte en el suelo, con el cráneo abierto. Soltó una rotunda interjección, arrodillándose ante el cadáver, pero en aquel momento sintió pasos tras si e intentó incorporarse.

Scudder no llevaba ningún arma, ya que no se había preocupado de ello, pero estaba en franca ventaja respecto de un hombre que todavía no había separado sus dos rodillas del suelo. Le fue relativamente fácil, pues, alargar el pie derecho y ponerlo en contacto con la mandíbula del segundo de Kramm, quien, con un rugido de dolor, cayó hacia atrás, perdido el conocimiento.

Cuando se despertó, lo hizo porque notó la frialdad del agua arrojada a discreción sobre su rostro.

— ¡Traidor! —exclamó al reconocer a Scudder, que lo contemplaba con una sonrisa irónica, e intentó arrojarse sobre él, mas sin conseguirlo, ya que no se había dado cuenta de que estaba fuertemente ligado, no solamente de brazos y piernas, pero también a la cama en que fuera arrojado.

— Dejemos eso ahora, Gamblin. Lo único que nos interesa es que nos digas a qué desecador de pantanos fue alquilado Heaviside.

— ¡Ah! ¿De modo que eso es lo que os interesa? —el tono de Gamblin era abiertamente desafiador—. Y ¿si no os lo dijera?

Scudder hizo un gesto de resignación y encendió a continuación un pitillo, diciendo:

— Lo siento por ti, querido, ya que no lo pasarías muy bien.

— ¡Bah! Fanfarronadas tuyas, Scudder. No te atreverás a tocarme un pelo de la ropa. Y ya puedes hacer lo que quieras. Si esperas que hable, antes que yo diga una palabra llegará el fin del mundo.

— Está bien —murmuró Scudder—. Luego no te quejes —y echándose sobre él, lo amordazó súbitamente, antes de que pudiera darse cuenta.

Hecho esto, entregó a Kim la pistola que le había quitado al prisionero cuando quedó sin sentido, diciéndole—:

Voy a salir. Estaré aquí antes de un cuarto de hora, pero sí ese canalla intenta algo, no vaciles en saltarle la tapa de los sesos.

Kim tomó con manos temblorosas el arma y se fue a un extremo de la habitación, en tanto que Scudder salía.

Éste volvió en el plazo prefijado, con un rollo de algo que parecía un cable y que empezó a desenrollar, en tanto que charlaba volublemente:

— Mi querido Gamblin, tú dices que no quieres hablar. Yo digo que sí, que hablarás. Vamos a ver cuál de los dos tiene razón. ¿Conoces el viejo remedio filipino de la cura del agua?

Acabado de desenrollar aquel cable, tomó uno de sus extremos, se metió en el cuarto de baño y regresó al cabo de un minuto, Kim le preguntó: —¿Qué piensas hacer, Val?

— ¡Oh, querida! No te preocupes. Si ves que no tienes fuerzas para resistir el espectáculo, retírate a otra habitación.— Luego, con un movimiento rápido, desamordazó a Gamblin—. Grita todo lo que quieras. Estas construcciones modernas son a prueba de ruidos y nadie oirá nada. Pero antes te hice una pregunta. ¿No te sientes con ánimo de contestarla?

— No te atreverás a hacerlo — gruñó, colérico Gamblin, disimulando con sus palabras el miedo que se empezaba a apoderar de él.

— ¿Que no? —rió Scudder —. Hay medios modernos para desatar las lenguas, y tú lo sabes, Garnblin. El bipentotal es uno de ellos. Pero yo no lo tengo a la mano, y por otra parte, soy un empedernido romántico. Me gustan los sistemas antiguos y éste de la cura del agua es uno de ellos. Verás lo que disfrutamos con ello.

De nuevo se arrojó sobre el prisionero sujetándolo sólidamente, más de lo que todavía estaba, y, tras comprobar la firmeza de las ligaduras, todavía tomó una sábana, exclamando:

— Es una suerte que Kramm también fuera anticuado en sus cosas. Esta sábana de hilo nos vendrá perfectamente para lo que yo quiero.

La rasgó en varias tiras, enrollándolas a continuación. Tomó una de ellas y la pasó por la garganta de Gamblin, que, aterrorizado, no se

sentía con fuerzas para gritar. Luego pasó otra de tal forma que le sujetara bien la frente y comprobó que el forajido no podría mover la cabeza de ninguna forma, ni siquiera un milímetro. Hecho esto, en tanto que Kim contemplaba todas las operaciones con curiosidad no exenta de espanto, tomó el otro extremo del cable, que no era otra cosa que un tubo de goma, y se acercó al prisionero, diciéndole:

— Como verás, el otro extremo está empalmado al grifo del baño. Daré media vuelta a la llave y verás la sensación tan curiosa que sientes cuando empieces a tragar agua. ¡Kim! —llamó.

— ¿Qué... qué quieres, Val?

— Hazme el favor. Da media vuelta al grifo, ¿quieres?

Obedeció la mujer y el agua principió a salir por el extremo abierto del tubo, inundando boca y narices de Gamblin .

El remedio para contrarrestar aquella catarata de líquido que le caía encima era sencillo: contener la respiración. Pero era evidente que no podría durar mucho tal estado de cosas, y todavía no había transcurrido un minuto cuando el prisionero, a su pesar, tuvo que inspirar.

El agua se le coló por los conductos nasales hasta los pulmones, haciéndole toser y estornudar, sin que por eso dejara Scudder de mantener enfocada la corriente al rostro de Gamblin, quien, sofocado, acabó por abrir la boca, momento que aprovechó el otro para colarle el tubo de goma. Gamblin mordió furiosamente, sin conseguir nada práctico.

Al ver esto, Scudder se echó a reír sonoramente.

— ¿Creías que no estaba prevenido? Puse un refuerzo metálico en el extremo del tubo. Anda, anda.

Así lo hizo Gamblin, pero sin que lograra impedir el acceso del liquido hasta su vientre, que muy pronto comenzó a dilatarse en curva.

— Mueve los ojos cuando quieras hablar, Gamblin. Yo no tengo prisa —murmuró filosóficamente Scudder, y apenas había pronunciado estas palabras cuando el cautivo se apresuró a obedecer.

Val tiró del tubo apartando la corriente de agua, sin preocuparse del suelo, y soltó las ligaduras de Gamblin, quien, penosamente, dio media vuelta sobre sí mismo, arrojando todo el líquido ingerido.

Después se sentó en la cama, oprimiéndose el dolorido vientre, y dijo:

— Heaviside está en la plantación de Lansing.

— Es suficiente —murmuró Scudder—. Con tengo bastante. En el registro de las tierras, me dirán dónde cae eso. Espero que no me hayas engañado. Lo pasarías bastante peor que ahora, Gamblin.

— ¡No! Te he dicho la verdad, Scudder, ¡maldita sea tu alma!

— Bien —se echó éste a reír—. Jura todo lo que quieras, pero me parece que ya poco daño harás a nadie. Tu jefe está muerto y antes de nada vuestra banda estará deshecha.

Tomó a Kim por el brazo, cogiéndole la pistola que ella todavía empuñaba, pero cuando ya estaban en la puerta, se detuvo.

— He olvidado algo, querida. Vete andando. Vuelvo en seguida.

Obedeció ella, en tanto que Scudder regresaba sobre sus pasos, pero en el lugar en que estaba caído Kramm hacia un diván.

— Esto me servirá —murmuró, tomando uno de los cojines y entrando en la habitación en que se hallaba Gamblin, vacilante y tembloroso todavía.

— ¿Qué quieres? —murmuró poniéndose en pie, al ver entrar a Scudder en la habitación, pero demudándose instantáneamente al ver la acción del otro, altamente significativa de la suerte que le esperaba.

— ¡No! —gritó lívido, horrorizado, retrocediendo sobre sí mismo, hasta tropezar por la pared, en la cual quedó apoyado, con los brazos extendidos—: ¡Por favor... !

El grito de súplica quedó cortado por el primero de los disparos que resonó como un ¡chaff! apagado, a causa del almohadón que envolvía la boca del arma. Un rosetón de sangre apareció en el pecho de Gamblin, que se enderezó convulsivamente y, viendo que ya estaba perdido, en un gesto suicida, se lanzó hacia delante, para recibir el resto de los proyectiles que en apagados siseos se hundieron en su carne, arrojándolo contra el suelo, en el que se movió un momento débilmente, en medio de la sangre que le salía y que se mezclaba con el agua que todavía corría del cuarto de baño.

— ¡Imbécil! —murmuró Scudder, arrojando el cojín al suelo, y tomando el extremo del tubo para apagar el incendio que había

prendido en la tela. Pasó luego al cuarto de baño, cerró el paso del agua y, tras contemplar fríamente al cadáver, salió del piso, reuniéndose a los pocos instantes con Kim.

— ¿Qué han sido esos ruidos, Val? —inquirió ella extrañada,

— ¡Oh! Nada de particular —replicó él tranquilamente—. Ese Gamblin intentó arrojarse sobre mí. Le tuve que dar unos cuantos golpes para convencerle de lo mal que estaba procediendo. Y ahora, vamos a tratar de hallar a ese afortunado de Ernie Heaviside.

No era tan afortunado aquel cuyo nombre acababa de ser mencionado, porque ya llevaba unas cuantas horas sin sentido, tendido en el fondo de la canoa, cuando despertó súbitamente, con un intenso dolor de cabeza.

Sacudió ésta, procurando alejar de si las nieblas que le empeñaban la visión, levantándose con dificultades. Pasó un brazo por la borda y se puso en pie, vacilante todavía.

Abrió los ojos asombrado cuando se dio cuenta de su situación. Le vino a la memoria el recuerdo de lo que le había pasado e, involuntariamente, se estremeció al evocar la espantosa muerte de Lansing, devorado por el saurio. Luego trató de hallar un remedio a su situación, examinando el destrozo sufrido por el vehículo anfibio.

El agujero estaba casi en el fondo de la canoa, pero apreció que podía tener un remedio relativamente fácil. No conocía gran cosa aquellos artefactos, pero no dejó de suponer que llevaría una caja de herramientas, y tras hurgar por todos los rincones, suspiró aliviadísimo al encontrarla.

Todavía se sintió más satisfecho cuando encontró algo que no hubiera soñado jamás hallar: un soplete eléctrico, movido por una batería nuclear de diminuto tamaño. La llama que producía el aparato era capaz de fundir como simple mantequilla los más duros metales y, tras examinar con cuidado la embarcación, decidió destrozar uno de los asientos, con cuyas planchas trataría de taponar la vía de agua.

Dio media vuelta al interruptor, graduando la temperatura y atacó decidido el asiento, desprendiéndolo en pocos instantes, En realidad, no era llama lo que salía por la boca del soplete, sino una resistencia incandescente, prácticamente infusible, que, puesta en contacto con el metal, lo disgregaba rápidamente. Y cuando tuvo a punto la plancha, la aplicó al orificio.

Movió el soplete en el sentido conveniente, apreciando con satisfacción que, reducida un tanto la potencia calorífica de la herramienta para no derretir el metal, sino solamente ponerlo al rojo blanco, el parche se iba soldando satisfactoriamente. Poco, pues, tardó en reparar los destrozos causados por el saurio y, convencido ya de que estaba en condiciones de ponerse en marcha, se dispuso a regresar por el mismo camino que habla venido, confiando en su buena estrella para no extraviarse.

Tomó el soplete y cerró el contacto, volviéndose para guardarlo en la caja de herramientas, pero apenas lo había hecho, cuando se quedó rígido, envarado.

A menos de cinco metros de distancia se hallaba otro reptil de idéntico o superior tamaño al que matara a Lansing. A Ernie le pareció infinitamente mayor, puesto que el otro tenia gran parte de su cuerpo sumergido en el pantano, pero de todas formas las intenciones del que tenía delante eran claramente visibles.

El cocodrilo abrió la enorme bocaza y el espectáculo puso una nota de hielo en la espina dorsal de Ernie, que se quedó un instante sin saber qué hacer, advirtiendo que su situación era bastante difícil, pues no tenía ningún arma a mano. Mas de repente se dio cuenta de que tenía algo que no había depositado en su sitio todavía: el soplete.

Sin perder de vista al saurio, Ernie dio media vuelta al contacto, aumentando luego la temperatura del aparato hasta el límite. Y en aquel preciso instante, el animal, como un bólido apocalíptico, atacó.

El pesado artefacto salió disparado hacia la boca abierta del cocodrilo y, a pesar de su gran tamaño, desapareció instantáneamente en ésta. Inmediatamente el monstruo comenzó a dar espantosos saltos.

Ernie se sentó ante los mandos del vehículo y maniobró en éste. Retrocedió violentamente, tratando de huir de los terroríficos coletazos que daba el animal en su agonía y en un par de segundos se halló en el agua, notando que las orugas cesaban de girar en cuanto la canoa se halló a flote.

Aquello contrarió bastante a Ernie, que se había olvidado de que el árbol de la hélice estaba roto, de modo que se improvisó una especie de remo con el que se alejó de aquel lugar, donde el saurio estaba agitándose en las últimas convulsiones de la agonía, y se aproximó a un árbol, cuya base estaba sumergido en las amarillentas aguas, y del que desgajó una rama que le sirviera de pértiga, hecho lo cual orientó

la proa de la navecilla en el sentido opuesto al que estaba ahora y comenzó a caminar penosamente, con infinita lentitud.

No pudo evitar que, en tanto que realizaba una labor de auténtico esclavo, sus pensamientos se dirigieran hacia Kim. El recuerdo agradable de ésta acudió a su mente, pero se dijo que no podría, en lo sucesivo, si tenía la suerte de volverla a ver, más que considerarla como una excelente amiga. Y por una vez, Ernie maldijo su infortunio sentimental cuando pensó en que había un hombre que tenía todos los derechos sobre ella.

Las horas fueron pasando lentamente. De cuando en cuando, el fondo de la charca emergía a la superficie y entonces su trabajo era aliviado por el funcionamiento automático de las cadenas, pero no le duraba mucho el alivio. Y llegó el momento en que pensó, desesperado, que había perdido el rumbo y que se hallaba perdido en aquella inmensa selva acuática, en la cual los únicos sonidos que se percibían eran los que él hacía al navegar.

Pero de repente estuvo a punto de ser derribado, cuando la canoa, al ascender por un pequeño terraplén, puso el eje horizontal en un ángulo de casi 45º, y sus ojos se desorbitaron al reconocer el lugar en que, le parecía que había transcurrido un año después, Lansing y él embarcaran.

Paró el motor y el anfibio se detuvo instantáneamente. Ernie saltó a tierra y echó a andar, procurando ocultarse de árbol en árbol. No quería riesgos y la niebla tenía a veces caprichos. Si soplaba una ráfaga de aire demasiado fuerte, podía quedar al descubierto y no le interesaba, máxime que, en aquel silencio, se percibían con toda claridad las voces de los forajidos haciendo la descarga del "Luz del Sistema".

Se fue acercando con precaución, pero de repente, antes de que tuviera tiempo de advertirlo, se sintió arrojado al suelo. E inmediatamente notó un duro golpe en la oreja que le hizo ver todas las estrellas del firmamento.

El segundo puñetazo que le asestaran logró esquivarlo con una contorsión que cogió desprevenido al bandido que le había asaltado, con lo que Ernie quedó momentáneamente libre, pero tendido en el suelo, a pesar de haberse vuelto sobre sí mismo.

Tenía al otro, de repulsiva faz, dominándole aún, y vio que echaba mano al cinturón para sacar la pistola eléctrica. Encogió las piernas y

luego las disparó, haciendo que su enemigo saliera rebotado, entre alaridos de dolor, y soltando el arma, sobre la que, en agilísimo salto, se abalanzó Ernie disparando a continuación sobre el "gangster" que en un instante quedó reducido a un pedazo de carbón y en aquel instante oyó rumor de pisadas, como de hombres que corrían hacia aquel lugar.

Luego, una voz, casi encima de él, gritó:

— ¡Whittie! ¿Dónde estás? ¿Qué te ha ocurrido?

CAPÍTULO X

Val Scudder tomó a Kim por un brazo y ambos echaron a correr, dirigiéndose a un establecimiento de los que se dedicaban a alquilar pequeños aparatos voladores, en nada parecidos a los ya anticuados aviones de mediados del siglo XX, y donde, contra una fianza, fuéles entregado uno de ellos, en el que partieron rápidamente en una dirección solamente sabida por él.

Era veloz el aparato, mas, así y todo, tardó bastante tiempo en llegar al lugar donde habitaba Lansing, encontrándose la pareja con la desagradable sorpresa de que el colono no había aparecido aún por allí y que se ignoraba totalmente su paradero, en vista de lo cual Kim y Scudder volvieron a montar nuevamente en el vehículo aéreo y se dirigieron al lugar donde el segundo sabía aterrizaban habitualmente las naves interplanetarias de los piratas.

— Supongo que ese sitio estará muy bien guardado —objetó Kim—, pero me gustaría saber el modo de orientarte para hallarlo en medio de tan espesa niebla.

Una sonrisa indefinible apareció en los labios de su ex marido.

— Tenemos, mejor dicho, tienen —rectificó al punto—, una emisora funcionando constantemente en una longitud de onda solamente conocida por nosotros. Aparentemente es una emisora de aficionados, pero marca una señal convenida, en cifra, para que los pilotos sepan en todo momento hallar el lugar de aterrizaje.

No preguntó más Kim. Por sus lecturas sabía algo de lo que ocurría en los enormes pantanos de Venus, donde se trabajaba incesantemente para hacerlos habitables. Y cada vez que pensaba en los peligros que podía correr su amado, su cuerpo se estremecía visiblemente, hecho que no dejaba de ser apreciado por Scudder, que, no obstante, no daba muestras de haberse enterado, simulando únicamente estar atento a la conducción del aparato. Y al fin éste comenzó a descender.

Una masa enorme, metálica, apareció de repente ante la vista de los dos viajeros y Scudder tuvo que efectuar una rápida y fulminante maniobra para evitar estrellarse contra la imponente mole del "Luz del Sistema". Pero apenas tomó tierra, cuando se halló en medio de un tremendo pandemónium, lo que contemplaron ambos con los ojos desorbitados.

Una bala se estrelló súbitamente contra la coraza del vehículo, rebotando y perdiéndose a lo lejos con un ominoso gruñido, haciendo que Scudder se apresurara a cerrar nuevamente la portezuela.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Kim, toda atemorizada.

— No lo sé —murmuró aquél—, pero me temo que haya estallado una revuelta entre la tripulación de piratas del difunto Kramm.

Vio una serie de hombres correr de un lado para otro. Unos, la mayoría iban armados, con aquellos anticuados rifles de pólvora, que usaran contra los pasajeros secuestrados. Muy pocos tenían armas dé proyectiles eléctricos, pero en general coincidían en correr todos en la misma dirección, aunque, según se apreciaba a primera vista, lo hacían al tuntún, sin orden ni concierto.

Uno de los piratas pasó muy cerca de allí y Val aprovechó la ocasión para llamarle:

— ¡Eh! ¿Qué es lo que ocurre?

El otro se volvió y por toda respuesta hizo fuego. Pero Scudder había visto su intención y, por segunda vez, cerró la puerta que había abierto para hacer la pregunta. Contra el espeso cristal, en el que aparecieron una serie de finísimas estrías radiales, se estrelló el proyectil.

Renegó Scudder sin curarse de que tenía una dama a su lado y, no pudiendo disponer de ninguna arma por el momento, dio marcha al aparato, que arrancó súbitamente, sin despegar del suelo, en dirección al forajido que al ver lo que se le venía encima, le plantó cara, disparando frenéticamente, sin conseguir otra cosa que gastar municiones, y solamente cuando se dio cuenta de que todos sus esfuerzos eran inútiles por completo, volvió las espaldas, intentando huir mediante una serie de saltos laterales.

En vano lo intentó, porque uno de los bordes del vehículo, que marchaba a una velocidad superior a los cien kilómetros, lo alcanzó en un costado, arrojándolo maltrecho al suelo, en donde se quedó quieto, tras lo cual Scudder se bajó y tomó el arma del "gangster" muerto exclamando satisfecho:

— Ya tenemos con qué defendernos. Me parece que ahora nos respetarán un poco más.

Kim intentó seguirle, pero él la detuvo.

— ¡No! Tú quédate aquí. Yo voy a averiguar qué es lo que pasa. No tardaré mucho en regresar.

Los tiros y las exclamaciones de ira y de dolor continuaban oyéndose perfectamente, a través de la niebla, tragado por la cual desapareció Scudder en pocos momentos, quedándose ella en el sitio indicado, con el corazón lleno de angustia, ignorante de lo que ocurría.

Mayor hubiera sido su dolor de saber la crítica situación en que se hallaba Ernie, quien se defendía como gato panza arriba.

El bandido que preguntara por el llamado Whittie, muerto por él, apareció súbitamente entre la niebla, a menos de veinte metros, reconociendo en la distancia al hombre que ya una vez estuviera a punto de apoderarse de la espacionave. Sin vacilar, pues, se echó a la cara el rifle de pólvora e hizo fuego.

El proyectil se perdió a lo lejos, siseando lúgubremente, pareciendo como si la espesísima niebla aumentara el tono del silbido, porque Ernie, previendo la acción del forajido, había dado un repentino salto lateral que lo sacó fuera de la línea de tiro, escondiéndose detrás del árbol más próximo.

Había hecho un disparo con aquella pistola eléctrica, pero no había tenido tiempo de comprobar la carga. Miró el circulito rojo, iluminado interiormente, en el que un número en negro indicaba la cantidad de

disparos que todavía podían hacerse y vio un tranquilizador veinticuatro en el marcador. Tranquilizador hasta cierto punto, porque ignoraba con cuántos hombres tenía que vérselas.

El que había disparado contra él continuó haciéndolo. Sabía perfectamente que su contrario, el evadido, estaba muy bien oculto detrás del tronco y que éste le resguardaba contra los proyectiles de aquella índole, por lo que sus disparos, hechos repetida y rápidamente, lo fueron con la intención de poner sobre aviso a sus compinches, añadiendo a estos esfuerzos los de sus pulmones, gritando como un desesperado.

Pero uno de sus gritos fue cortado repentinamente. Ernie, asomando la cabeza, a riesgo de que se la agujereasen, disparó velozmente.

Las balas eléctricas tenían dos cosas: una buena y otra mala. La buena era para el que disparaba, si lograba acertar a su contrincante en cualquier lugar del cuerpo, porque era bastante para que una tremenda energía de varios millares de voltios se liberase súbitamente, convirtiendo al alcanzado en una estatua de carbón en un segundo. Ésta era la cosa mala para el que se enfrentaba con un hombre armado con dicha pistola, y el forajido que estaba dando la alarma cesó súbitamente en sus alaridos cuando la tremenda corriente eléctrica circuló por su anatomía, de la que salieron unas leves columnitas de humo. También desapareció la madera del rifle y el acero de éste se retorció, adoptando formas realmente inverosímiles.

Ernie saltó hacia adelante. En dos zancadas se halló junto al muerto, tomando el retorcido cañón del rifle, escondiéndose a continuación detrás de unos espesos matorrales, a tiempo justo que una pareja de "gangsters" salían de la niebla, con las armas listas para disparar.

Uno de ellos portaba una pistola idéntica a la suya y Ernie no perdió el tiempo. No podía arriesgarse a recibir un disparo de aquellos, que lo consumiría instantáneamente, por lo que disparó, haciendo blanco, y consiguiendo un efecto tan inesperado como curioso, y que consistió en que la descarga eléctrica alcanzó a la. pistola que llevaba el otro en la mano, cuyos proyectiles comenzaron a despedir rayos en todas direcciones, fulminando asimismo a su compañero, que no tuvo tiempo siquiera de enterarse de lo que le había ocurrido.

Pero en aquel momento, un buen tropel de gente apareció frente a él, y dándose cuenta, por los tres irreconocibles cadáveres, de lo que estaba ocurriendo, empezaron con loco frenesí a disparar sus armas hacia el lugar en que suponían emboscado al misterioso tirador y que

no andaba tan lejos como ellos pensaban.

Ernie se aplastó contra el suelo, dejando que el diluvio de balas, que rasgó el espacio en multitud de silbidos, y durante un momento, las balas rebotaron por todas partes, hasta que, bien por agotarse la carga, bien por creer los bandidos que habían acabado con quien tan limpiamente les habla causado unas cuantas bajas, dejaron de disparar.

Hecho esto, se dedicaron a recorrer todos aquellos alrededores. Alguien pareció tomar el mando y los hombres se dispersaron por parejas, vigilando atentamente, desvaneciéndose algunas de ellas en los vapores del pantano.

Ernie miró desesperado en torno suyo, sintiendo que el dogal aquel no tardaría mucho en cerrarse en su derredor y pensó durante un fugacísimo instante en abrirse paso de cualquier modo, pero desechó también al momento tan loca idea, seguro de que antes de que pudiera dar una docena de pasos caería abatido, perforado su cuerpo por innumerables balazos, de modo que se aplastó contra el suelo, procurando pasar inadvertido en el centro de aquel espeso matorral.

Pero súbitamente, y antes de que pudiera evitarlo, dos nombres se le aparecieron, quedando tan sorprendidos por su presencia que durante una fracción de segundo quedaron inmóviles, convertidos en estatua.

Ernie aprovechó la situación e hizo su primer disparo, carbonizando a uno de sus antagonistas, y revolviéndose inmediatamente sobre sí mismo, con lo que evitó los efectos del disparo que el otro le hizo y que, de no haber obrado con tan tremenda rapidez, le hubiera atravesado todo el cuerpo. Pero el "gangster" no tuvo tiempo de recargar el arma; una segunda bala disparada desde el suelo por Ernie, con el codo apoyado en éste, le fulminó en medio de un diluvio de chispas provocadas por la corriente eléctrica al pasar por el metal del arma.

Sin embargo, el ruido del disparo atrajo a los demás bandidos, que de esta forma se enteraron en el lugar en que se encontraba el hombre a quien buscaban. Lanzando alaridos de júbilo, corrieron hacia él, pero en el momento en que Ernie empezaba a considerar su situación absolutamente desesperada, algo ocurrió que varió la decoración,

Un hombre apareció súbitamente a espaldas de los bandidos y su fusil empezó a llamear, detonando con increíble rapidez, al mismo tiempo que los hombres empezaban a caer, atacados también por Ernie,

aliviado en la presión que sufría por el desconocido que había venido a salvarle tan providencialmente.

Pocos minutos bastaron para que los desconcertados "gangsters" fueran aniquilados y unos pocos lograron salvarse huyendo rápidamente ante la tormenta que se les había venido encima cuando menos la esperaban y creyendo sin duda alguna que era mayor el número de enemigos que les atacaban, presos de un movimiento de irreprimible pánico colectivo.

Ernie salió de su precario refugio y se dirigió hacia el lugar en que se encontraba su salvador, pero antes de que pudiera decirle algunas frases de agradecimiento, una mujer salió corriendo velozmente de la espesura de la niebla y, sin dudarlo un solo momento, se arrojó en los brazos de Heaviside, que los abrió, sorprendido, acogiendo en ellos a Kim, quien, sollozando de pura alegría, se estremeció al saber al hombre amado sano y salvo.

Pero, sin embargo, no todo había terminado. Ella se había olvidado de que tenía un hombre a sus espaldas, contemplando lívido y convulso la escena amorosa. Un hombre que oprimía con rabia, con puños crispados por los celos el rifle que disparara antes tan acertadamente y que, de repente, sin poderse contener, gritó:

— ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Ernie, Kim, preparaos! ¡ Vais a morir!

Heaviside abrió mucho los ojos, echando a un lado a la mujer, sin comprender la inusitada actuación de su salvador. pero contuvo su movimiento instintivo de defensa, al tratar de empuñar la pistola, cuando el otro volvió a hacer un gesto amenazador con el rifle.

— ¡Quieto! ¡Quieto o dispararé! Ernie Heaviside, vas a morir, pero antes quiero que sepas que mueres por dos motivos. El primero, tu condición de agente secreto. Has conseguido averiguar quiénes somos, y has obrado de tal forma que he tenido que disolver la banda —río acremente Scudder, prosiguiendo—:

En esto has tenido suerte. Te he ahorrado una multitud de trabajo, liquidando a Kramm y a su segundo, Gamblin. También he matado aquí a unos cuantos, pero no ha sido para defenderte a ti, sino para concluir de acabar con la banda. Nos estorbaban, francamente, y por otra parte, al decidir el jefe y yo...

— Bareas K. S. Phillum, ¿verdad? —interrumpió irónico Ernie.

— Sí. Es cierto. ¿Cómo lo han sabido? —preguntó atónito Scudder.

— No debiera decírselo —murmuró Ernie—, pero ya que estamos en plan de confidencias... Era evidente que las informaciones sobre la naturaleza de las cargas de los cohetes, cuando éstas eran de importancia, tenían que salir desde dentro del seno de la misma Transpacial. Fue penosa la labor, pero el bipentotal, Boggles sabe algo de esto, aclaró quién era el que facilitaba las informaciones, como asimismo la identidad de quién mandaba en la organización.

— Pero Boggles lo interrogó de la misma manera —murmuró, todavía sin salir de su asombro.

— Cierto. Y el hecho de que después matara al médico, con el pretexto de que no era conveniente tener su boca abierta, no se debió a esto, sino al hecho de que sabía que no era bipentotal, sino agua destilada simplemente lo que inyectó en las venas de Phillum. Éste meditó el plan así, para estar a salvo de sospechas, pero cuando se le inyectó dicha droga, auténticamente, al hacer un reconocimiento en todo el personal de la Transpacial, dijo todo lo que sabía. Y las muertes que ha causado usted no ha sido por defenderme a mí, sino por deshacerse de cuantos más mejor. Los supervivientes no hablarán, temerosos de que se les eche mano. Y ustedes dos, y Boggles, a disfrutar tranquilamente el botín. ¿No es así?

— Usted lo ha dicho, Heaviside —murmuró Scudder—. Todas sus hipótesis son acertadas, pero todavía queda otra razón por la que usted y Kim han de morir. No consentiré que vivan felices en su amor. ¡Oh! ¡No! ¡Antes... !

Pero Ernie, despreciando el peligro, obrando inesperadamente, se lanzó en plancha sobre Scudder, al mismo tiempo que con una de sus manos trataba de desviar el arma, que se disparó, resonando atronadoramente junto a su oído y chamuscándole la mejilla con su fogonazo. Cayeron los dos al suelo, pero Ernie se quedó extrañado cuando vio que su enemigo no reaccionaba y que se quedaba quieto, en tanto que una intensa palidez se extendía rápidamente por su rostro y sus ojos se vidriaban, reflejando en sus ciegas pupilas aquella grisácea niebla.

Cuando se puso en pie Ernie, comprendió los motivos de la muerte de Scudder. Su cabeza había chocado con una raíz, y aunque ésta no era lo suficientemente dura como para fracturarle el cráneo, sí la mala postura, al recibir encima el peso de su oponente, le había quebrado las vértebras cervicales, cuyo crujido no oyó Ernie, al tener en los oídos todavía las resonancias del disparo del rifle de Scudder.

Kim volvió a abrazarsele apasionadamente, murmurando:

— ¡Oh, Ernie, querido! ¡Al fin ha terminado todo! i Podremos ser felices ahora!

Antes de contestar, Ernie se la llevó lejos de allí y entonces, desbordándose sus sentimientos, tanto tiempo contenidos, la besó larga y dulcemente, poniendo en ello toda el alma. Y una oleada de dicha invadió los corazones de los dos enamorados.

Sin embargo, había una cosa que todavía ignoraba ella, y que el que ya era su esposo, solucionado todo satisfactoriamente, rescatadas las muchachas y los hombres secuestrados, se encargó de aclararle de cierta original manera, en su viaje de novios por el espacio hacia la Tierra.

— Espérame un momento, querida —dijo él, en la estación sideral, última etapa de su viaje—. Los pasaportes, ¿comprendes?

— Aquí estaré, cariño —y en la mirada que dirigió Kim al hombre que se alejaba, se apreciaba claramente el intenso amor que sentía por su esposo.

Éste volvió al cabo de cinco minutos, cuando ya ella comenzaba a impacientarse y, sin poderse contener, se abrazó a Ernie, que exclamó sobresaltándose:

— ¡Por favor, señora! ¡Que nos está mirando todo el mundo!

— Pero… —no comprendía Kim—. Soy tu esposa. Nadie se va a escandalizar, porque te abrace en público.

— Señora, en mi vida he estado casado. Ni siquiera la conozco a usted.

— Si crees que esto es una broma, Ernie… —comenzó ella a decir, para interrumpirse al instante al ver acercarse un duplicado exacto del hombre del que todavía estaba colgada del cuello.

— ¡Querida! Tu marido soy yo, no este sinvergüenza que se está dejando abrazar tan ricamente.

— ¿Qué quieres que le haga, Louis? —río el otro, complacido.

— ¿Ernie? ¿Louis? ¿Quieren explicarme qué lío es este? ¿Cuál de los dos es mi marido? —preguntó la pobre mujer, hecha un mar de

confusiones.

— Tu marido soy yo, Louis. Ernie es mi gemelo y es el poeta. Yo tomé su personalidad para averiguar el misterio de los asaltos. Era la mejor manera de pasar desapercibido en una misión tan peligrosa.

— Pero… pero, así no sabré cuál de los dos es mi marido— murmuró ella, feliz, pero todavía turbada y confusa.

— Por las obras lo conocerás —murmuró Louis, antes Ernie—. Y yo te querré tanto, que olvidarás todo lo malo que has pasado, y solamente pensarás en tu felicidad presente y futura.

— Así sea —contestó solemnemente el verdadero Ernie—. Louis, eres un hombre de suerte. No puedo decir lo mismo de ti, encantadora cuñada.

Se alzó ella de puntillas y lo besó en una mejilla.

— Nuestro primer niño se llamará Ernie, no lo dudes —y luego calló ruborosa, acogiéndose al ancho pecho de su marido.

— ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! Pasajeros para la Tierra, sírvanse embarcar en el "Ondas de Luz".

— Adiós, pareja —dijo Ernie—. Voy a vagar un poco por las estrellas.

— "Al negro espacio silencioso" —concluyó Louis, pasando con su mujer a la acera deslizante que se dirigía hacia la astronave.

— "A nuestro viejo, amado y detestado mundo" —murmuró ella, llena de una dulce felicidad.

FIN